EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

GRANDEZAS HUMANAS,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.º

1878.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
		COMEDIAS Y DRAMAS.	
Amor en la ausencia..................	1	D. Ángel Rodriguez....	Todo.
Bodas trágicas......................	1	José Echegaray.....	»
El amor y la sotana..................	1	J. y Tomás de Asensi	»
El hombre perro......................	1	Joaquin G. de Lima..	»
El que al corazon no llama............	1	Manuel Urban.......	»
El sargento y el patan................	1	Cárlos Calvacho.....	»
El tio Anguilla.......................	1	Antonio Rodriguez..	»
El verdugo de sí mismo...............	1	Ángel Rodriguez....	»
Jugar con la misma carta..............	1	Tomás de Asensi....	»
La bruja Celestina....................	1	Cárlos Calvacho.....	»
La flor del humbrío...................	1	Ángel Rodriguez....	»
La más preciada riqueza..............	1	Franc. Flores García.	»
La perra de mi mujer.................	1	J. Jackson Veyan...	»
Las dos bellezas......................	1	Leopoldo Parejo....	»
Los sustos...........................	1	Antonio Rodriguez..	»
Llevar la corriente..................	1	F. Flores García.....	»
Paz octaviana........................	1	Manuel Nogueras....	»
Peor que mi suegra...................	1	Eduardo Navarro....	»
Sobre la marcha......................	1	Pelayo del Castillo...	»
Una chica alemana....................	1	E. de S. Fuentes....	»
Una mujer por dos horas..............	1	Joaquin G. de Lima.	»
Una palabra empeñada................	1	M. Baquero........	»
Vaya un viaje........................	1	Pascual Cuellar.....	»
¡Al santo, al santo!..................	2	M. Echegaray......	»
Curarse de mal de suegra.............	2	M. Vallejo.........	»
Cuenca por Alfonso VIII..............	3	Sres. Borlado y Lumbrs.	»
El Doctor Diógenes...................	3	José Zorrilla y Luis	»
		Pacheco.........	»
El ramo de flores....................	3	P. y Moreno Godino.	Mitad.
El yerno del señor Manzano..........	3	E. Carbou y Ferrer	
		y J. M. y Santiago	Todo.
Las consecuencias....................	3	D. Joaquin G. de Lima.	»
La deshonra.........................	5	Manuel Nogueras...	»


GRANDEZAS HUMANAS.

GRANDEZAS HUMANAS,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

TEATRO ESPAÑOL.—3 DE OCTUBRE DE 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	D.ª ELISA MENDOZA TENORIO.
ADELA	LUISA GONZALEZ CALDERON.
EL MARQUÉS	DON RAFAEL CALVO.
D. JAVIER	DONATO GIMENEZ.
EL VIZCONDE	RICARDO CALVO.
RICARDO	MIGUEL EGEA.
D. CÁNDIDO	JOSÉ CALVO.
CABALLERO 1.º	ALFREDO C. REVILLA.
CABALLERO 2.º	MIRALLES.
ENRIQUE	ESCAY.
UN CRIADO	LETRE.

Accion en Madrid. Época actual.

Entiéndase por derecha é izquierda la del actor.

AL SR. D. PANTALEON MORENO GIL.

Tiempo hace que deseaba estampar el nombre de usted al frente de una obra mia, y hoy, al conseguirlo, sobre realizar uno de mis más ardientes deseos, cumplo un deber ineludible.

Si es pequeño el pago para la obligacion contraida, no culpe usted á mi cariño, sino á mis escasas fuerzas.

De todos modos yo quedo satisfecho con ver unidos en esta primer página el nombre de usted y el de

Su mejor amigo

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con mucho lujo en casa del Marqués.

ESCENA PRIMERA.

MARIA, el MARQUÉS.

MARQ. No sería de cuidado
cuando tan pronto pasó.
Ya lo sospechaba yo!
Poco mal y bien quejado.
Como eres tan angustiosa...
MARIA. Pero papá...
MARQ. Nada, nada.
Te tenemos muy mimada
y te asusta cualquier cosa:
fué un vahido que pasó.
MARIA. Pero bien me hizo sufrir.
MARQ. Tu madre ha dado en decir
que estás delicada...
MARIA. Yo?
MARQ. Y logrará, aunque no quieras
y aunque yo se lo prohiba,
que por hacerte aprensiva
te pongas mala de veras.
MARIA. Qué empeño de porfiar!
Si yo nada tengo!

MARQ. No?
MARIA. Cuál es mi dolencia?
MARQ. Yo
dengues la suelo llamar;
mas verás cómo al momento
te pasan.
MARIA. (Si habrá sabido?...)
MARQ. Hasta ahora siempre has vivido
encerrada en el convento.
Tu brillante educacion
completar fué necesario,
y entre el juego y el rosario,
y el estudio y el sermon,
en su aislamiento profundo
hasta hoy has vivido en calma,
pues ignoraba tu alma
los mil encantos del mundo.
Hoy ya tu retiro dejas
y entras de lleno en la vida,
pero quizás influida
por esos cuentos de viejas,
que de un convento en el seno
á todas os han contado,
habrás al mundo juzgado
muy malo... y él es muy bueno.
No extraño esa ceguedad
que te tiene retraida.
aún no conoces la vida
de la buena sociedad.
Cuando estés acostumbrada
á su constante bullir
y en tu modo de vivir
tengas tu dicha cifrada;
cuando fundes tu ventura
y estribe tu dicha toda
en ser reina de la moda,
del lujo y de la hermosura,
que verás clara al momento
la diferencia no dudo
entre esa vida á que aludo
y la vida del convento.
MARIA. Quizá digas la verdad;

no te niego la razon;
pero encuentra el corazon
en aquella soledad
tanta calma, que te juro,
y en la vida te mentí,
que me parece que allí
hasta es el aire más puro!

MARQ. Ya los límites traspasa (Incomodado.)
tu obstinacion! ¿Á qué viene...

MARIA. Pero si... (Con temor.)

MARQ. Tu madre tiene
la culpa de lo que pasa.

MARIA. No! eso no!

MARQ. Sus teorías
ridículas te ha infundido
y tan sólo has aprendido
á contestar tonterías!

MARIA. (Con cariñosa expresion.)
¿Ves tú? Ya te has enfadado!

MARQ. Sí; porque tú misma haces...

MARIA. (Atrayéndole con cariño.)
¡Ven aquí! Hagamos las paces
y quede todo olvidado.

MARQ. Ya!

MARIA. Desarruga ese ceño,
¿á qué viene entristecerte?
¡Alégrate! Quiero verte
con el semblante risueño.
(El Marqués la acaricia.)
Eso es!... Mi sola alegría
es mirarte siempre así!
¡Vaya! ¿Estás contento?

MARQ. Sí.

MARIA. Eso es lo que yo quería!

ESCENA II.

DICHOS, un CRIADO, despues el VIZCONDE.

CRIADO. E señor Vizconde.
(Anunciando desde la puerta.)

MARQ. Hola!

¿Cómo tan temprano hoy?
Que entre al punto. (Váse el Criado.)

MARIA. Yo me voy
con mamá, que estará sola.

MARQ. Espera y te distraerás.

MARIA. Estorbaros no quisiera.

MARQ. ¿Estorbarnos? Bueno fuera!

VIZC. (Entrando.) Adios, chico, ¿cómo estás?

MARQ. Bien, y tú?

VIZC. Yo? así, así,
regular, algo cansado, (Viendo á María.)
mas no había reparado
que estuviese usted aquí!
¿Cómo va, bella María?
¡Qué hermosa! y qué interesante!

MARIA. ¡Gracias; y usted qué galante!

MARQ. Siempre lo fué don García.

VIZC. Digo lo que estoy sintiendo
y á probarlo así me obligo;
lo que ahora mismo le digo
ayer lo estuve diciendo
en casa de la Marquesa
del Sauce, donde comí.
Tú ya la conoces. (Al Marqués.)

MARQ. Sí.

VIZC. Pues allí de sobremesa
lo dije, hablando de usté.
Por cierto que me ha extrañado
lo que de ella me han contado.

MARQ. De la marquesa?

VIZC. Sí, á fé.
La gente desocupada
que en murmurar se entretiene,
ahora dice,... que si tiene
ó no tiene con Moncada!
el chico de...

MARQ. Sí, ya sé:
se dice, mas sin razon.
(El Marqués se pone á leer un periódico.)

VIZC. Es mucha murmuracion!...
Yo como siempre la odié!

MARIA. ¿Que la odió usted?

VIZC. Se lo fío!
ninguno podrá tacharme...
Ahora acaba de contarme
un muchacho amigo mio
una historia deliciosa...
que oyó contar en Granada,
de Jacinta... la cuñada
del general Espinosa.
¡Historia más singular
en toda mi vida oí!
Mas como yo nunca fuí
amigo de murmurar...
aunque que es cierta colijo,
guardé un silencio oportuno,
y aún no he contado á ninguno
nada de lo que me dijo.

MARIA. Pues hombre, me gusta el modo!...
Nosotros...

VIZC. Es diferente.

MARIA. Yo ya sé...

VIZC. Cuando no hay gente,
bien puede contarse todo.
Aquí en familia... es en vano
callar...

MARIA. Sí, sí; se concilia...
Más si lo dice en familia
á todo el género humano!

VIZC. Decirlo!

MARIA. Sus amistades
alcanzan á muchas gentes,
y son en usted frecuentes
esas... familiaridades.

VIZC. Qué mal me ha juzgado usté!
¡Yo amigo de murmurar!
Digo... Si fuera á contar
todas las cosas que sé!
¿Conoce usté á la de Urbina?
(En tono confidencial.)

MARIA. Sí señor; ¿pero á qué viene?

VIZC. Si usted supiera! Esa tiene
la historia más peregrina!
No puede usted figurarse

nada más raro! Qué lío!
(Volviéndose hácia el Marqués, que no le hace caso.)
Fué cuestion de un amorío
un mes ántes de casarse!
Estoy muy bien enterado! (Á María.)
Con sus pormenores sé
todo el lance... y ya usted vé
que á nadie se lo he contado.
Pues así, sé mil lo ménos,
que callo por no excederme;
nunca me gustó meterme
en los asuntos ajenos.
En ese punto bien ve
que soy un sepulcro vivo.

MARIA. ¿Pues tendrá usted un archivo
de historias?

VIZC. Algunas sé.
Pero usted comprenderá
que callarlas me conviene.

MARIA. (Qué chismoso! Papá tiene
unos amigos, que ya!)

VIZC. Pero dejando esto á un lado.
Doy á usted mi parabien.

MARIA. Á mí?... por qué?

MARQ. (Llamándole la atencion.) Ejem! ejem!

VIZC. Por qué?...

MARQ. (Impaciente.) Ejem!

VIZC. Qué acatarrado
estás.
(Sin comprender las señas que hace el Marqués para que calle.)

MARIA. Quiere usté explicarse?

VIZC. Bien hecho! Para eso estamos.

MARIA. Pero en qué hago bien? Sepamos.

VIZC. En qué ha de ser? En casarse.
Todo Madrid sabe ya
la noticia.

MARQ. (Levantándose.) (La soltó!)

VIZC. Por qué ocultarlo?

MARIA. Es que yo...
¿Quién ha dicho?

VIZC. Su papá.
MARIA. ¿Él!
VIZC. Hoy, ya públicamente
en la Bolsa se decía....
MARQ. (Y ella que nada sabía!)
MARIA. ¿Pero con quién?
MARQ. (Qué imprudente!)
VIZC. Pronto dijo que al altar
la llevará...
MARIA. (Dios me asista!)
VIZC. El rico capitalista
don Ricardo Salazar.
MARIA. ¿Á mí! (Con viva sorpresa.)
VIZC. Cómo! ¿usté ignoraba...
MARIA. (Ni aun acierto á comprender!...)
MARQ. Yo... la quise sorprender,
y por eso le ocultaba...
VIZC. Jé! jé! jé! Es particular!
yo... que soy tan reservado,
haberla notificado
su enlace... así, sin pensar!
Pues tiene gracia!
MARQ. (Acercándose á María.) Yo sé
que ama á Ricardo!
MARIA. (Sin poderse contener.) Eso no!
(Bajando los ojos temerosa de la mirada que la dirige el Marqués.)
Digo... sí.
MARQ. (Disimulando.) Le sorprendió
la noticia!...
VIZC. Ya se ve!
MARQ. No es verdad?
MARIA. Sí.
VIZC. (Se han turbado!)
MARIA. (Qué es lo que pasa por mí!)
VIZC. (Ya decía yo que aquí
había gato encerrado!)
Conque chico... (Cogiendo el sombrero.)
MARQ. Qué?... te vas?
VIZC. Me esperan. Ya volveré,
y entónces te contaré...
MARQ. Bien.

VIZC. (Volviendo.) Ah!
MARQ. Qué?
VIZC. No faltarás
mañana al baile de Alberto?
MARQ. No sé: ¿y tú?
VIZC. De ningun modo:
Yo falto en el mundo á todo
ménos á un baile! ¿No es cierto
que en mí un delito sería
si olvidase inadvertido?...
Ademas, he prometido
asistir á la de Eguía...
¿Tú ya la conocerás?
la que tuvo relaciones
con el tonto de Quiñones.
MARQ. Luégo me lo contarás.
VIZC. María... (Despidiéndose.)
MARIA. Adios.
VIZC. Que usted sea
feliz en su nuevo estado.
MARQ. Oh! lo será: no hay cuidado.
VIZC. (Digo, digo! y lloriquea!)
Conque... adios.
MARQ. Adios. (Váse el Vizconde.)

ESCENA III.

MARÍA, el MARQUÉS, despues ADELA.

MARQ. Se fué.
Qué curiosa terquedad!
MARIA. (Acercándose con ansiedad al Marqués.)
Mas ¿lo que ha dicho es verdad?
MARQ. Sí.
MARIA. ¿Que sí! (Oculta el rostro entre las manos.)
MARQ. Lloras? Por qué?
Ese enlace proyectado
te hará feliz. Tal lo creo.
ADELA. (Saliendo.) María!... ¿qué es lo que veo!
¿Tú llorando! ¿Qué ha pasado?
MARQ. El Vizconde le anunció
su enlace y...
ADELA. (Pobre hija mia!)

Marq. Y ella que nada sabía,
al pronto... se sorprendió.
Pero no es nada. ¿Verdad?
Ya ha pasado. No te asombre.

Maria. Como yo no amo á ese hombre...

Marq. Hará tu felicidad.

Maria. Mas...

Marq. Yo ya no soy un niño
y debo obrar con cordura;
la base de la ventura
no está sólo en el cariño.

Maria. Dicha que sin él empieza
al fin se trueca en dolor.

Marq. Lo que falte á vuestro amor
lo suplirá su riqueza.

Maria. La riqueza tal tesoro
no ha de darme, estoy segura.
¡Vale mucho la ventura
para comprarla con oro!

Adela. (Fernando!)

Marq. (Calla!) Verás
cómo pasa esa manía
y eres feliz; algun dia
tú me lo agradecerás.
Aún tienes muy pocos años,
y con infantil candor
así piensas. El amor
nos da tantos desengaños!...
Yo tu bien sólo ambiciono;
obedece sin excusa:
el amor ya no se usa
entre gente de buen tono.

Maria. (Dios mio!)

Marq. Con esa union
tu ventura labrarás;
siendo su esposa tendrás
cuanto anhele tu ambicion.
Y aún no sabes los placeres
que ha de darte, aunque hoy te asombres,
ser encanto de los hombres
y envidia de las mujeres.
Cuando logres disfrutar

de ese eden encantador,
ya me dirás si el amor
te hace gran falta en tu hogar.
Sin él sé de muchas gentes
que pasan muy bien la vida,
que amor... es buena comida
para estómagos calientes!

MARIA. Oh!

MARQ. Ser rica es lo mejor
y en serlo tu anhelo fija!

ADELA. (¿Y eso enseñas á tu hija?)

MARQ. (Mujer... calla por favor!)

MARIA. No lo juzgaba yo así,
pero á tu gusto me ciño.
Aunque nunca otro cariño
que el de vosotros sentí,
no sé por qué imaginaba
—y perdona si te irrito—
que era, papá, hasta un delito
unirse á quien no se amaba.

MARQ. En la experiencia me fundo,
créelo pues, tú, hija mia:
lo ves lleno de poesía
y hay mucha prosa en el mundo!
Ya no está en moda adorar
así con el alma toda.

MARIA. Padre, hay cosas que la moda
nunca puede hacer pasar.
En vano con tus doctrinas
por convencerme te afanas:
cambian las leyes humanas,
pero nunca las divinas.
Y ese amor puro y ardiente
que esclaviza el albedrío,
es eterno, padre mio,
como el alma que lo siente!
Tú te empeñas en creer
que así me harás venturosa,
y por hacerme dichosa
infeliz me vas á hacer.
No hay dichas en el hogar
cuando no existe cariño:

en ese hogar donde el niño
aprende á creer y amar!
Donde feliz pasé yo
mi infancia con alegría,
y donde la madre mia
su primer beso me dió!
¿Has olvidado tal vez
lo que yo recuerdo tanto?
¿No fué tu hogar el encanto
primero de tu niñez?
Pues esas dichas sin nombre
sólo nacen del cariño,
y esos recuerdos del niño
nunca los olvida el hombre.
Ántes de casarme así
que lo medites te ruego;
piénsalo bien, padre, y luégo
haz lo que quieras de mí!
Los dones de la fortuna
no dan al amor firmeza.
¿Puede acaso la riqueza
fundir dos almas en una?

MARQ. Basta ya de niñerías;
convencerme no podrás;
con Ricardo te unirás
dentro de muy breves dias.

MARIA. ¿Tan pronto?

MARQ. Tu ruego es vano!

ADELA. (Desgraciada!)

MARQ. Considera
que has nacido en cierta esfera
y tienes que dar tu mano
á un hombre cuya fortuna
crearte pueda al instante
una posicion brillante
digna en todo de tu cuna.

MARIA. Advierte!...

ADELA. Basta, María!
Retírate.

MARIA. (Qué tormento!)

ADELA. Tengo que hablar un momento
con tu padre.

Maria. (Madre mia!) (Abrazándola.)
(Adela acompañando á María hasta la puerta.)
(¡Cómo olvidar que lo soy!)

ESCENA IV.

ADELA, el MARQUÉS.

Adela. Fernando, no desatiendas
mis súplicas, ni te ofendas
por lo que á decirte voy.
Comprendo que á tí te ciega
tu amor en este momento:
¿mas quién no escucha el acento
de una madre cuando ruega?
¿Cómo tranquila he de ver
que así turbas su alegría...
si ella... es mi hija! Si un dia
formó parte de mi ser!
¡Yo sin que el pesar me hiriera
recogí con doble encanto
su primer gota de llanto
y su sonrisa primera!
Yo mi bien y mi fortuna
tan sólo en ella cifraba...
¿Te acuerdas cuando velaba
su sueño al pie de la cuna?
¡Tú me viste! ¿Quién olvida
de aquella dicha el sosiego?
¡Esos recuerdos son luégo
el encanto de la vida!
Pues bien, por esa memoria
de tu cariño profundo,
por cuanto ames en el mundo,
por tu madre... por tu gloria,
rompe esa union proyectada!
¡Es tu hija!... tu hija querida!
¿Le has dado acaso la vida
para hacerla desgraciada?

Marq. Bah! Tu empeño es disculpable,
pero no me ha convencido.

Ricardo es un buen partido.

ADELA. Y si fuera un miserable?

MARQ. Adela!

ADELA. Yo no lo sé,
mas no falta quien sospecha...

MARQ. Sin fundamento. Desecha
esos temores y ve
que es inmenso su caudal
y que la gente se ceba
en él, sin tener más prueba
que envidia á su capital.
Si no existe otra razon,
yo... no puedo retractarme.

ADELA. Por Dios...

MARQ. Vas á impacientarme!
¿No sabes mi situacion?
Nuestra fortuna...

ADELA. Ya sé,
mas qué importa la riqueza?

MARQ. No es tan solo la pobreza
la que me espanta.

ADELA. Pues qué?

MARQ. Es que por disimular
y encubrir nuestros apuros,
debemos treinta mil duros
que no podemos pagar.
Él es nuestra salvacion
en circunstancias tan graves,
y ahora que la causa sabes
dí si rechazo esa union.
Con su envidiable riqueza
el porvenir asegura
de María.

ADELA. ¿Y por ventura
es un crímen la pobreza?

MARQ. ¿Crímen? No, mas con señales
de desden me abrumarán;
por algo dice el refran
tanto tienes, tanto vales.
Ya lo ves, el mundo hoy dia
me atiende y me considera;
si humilde y pobre me viera

la espalda me volvería.
Por tanto, á su gusto fiel,
finjo ser rico cual fuí.

ADELA. ¿Y siendo este mundo así
te sacrificas por él?

MARQ. Su rumbo siguiendo voy.

ADELA. El mal debes atajar,
rompe esa union. Si pagar
tu deuda no puedes hoy,
de pagarla hallarás modo,
no hagas una mercancía
de la mano de María!
¡Sé padre! padre ante todo!
Sí, Fernando, tu deber
pondrá á esos deseos dique.
¿No sabes ya que ama á Enrique?
¿Por qué así te has de oponer
si tú eres buen padre?

MARQ. Yo
sé lo que más le conviene.

ADELA. ¿Piensas que Enrique no tiene
gran porvenir? ¿Por qué no?
No hace un año todavía
que al extranjero ha marchado,
y ya á mi padre ha mandado
diez mil duros.

MARQ. Lo sabia.

ADELA. De su trabajo testigo
aquí se los guarda fiel,
que es mi padre para él
un padre más que un amigo.
No dudes que ha de alcanzar
envidiable posicion;
con talento y corazon
todo se puede esperar.
Ademas...

MARQ. Por nada cedo.

ADELA. Ve, Fernando...

MARQ. No prosigas;
es inútil cuanto digas,
no puedo ceder, no puedo.
(Váse por la derecha.)

ESCENA V.

ADELA, despues D. JAVIER, por el foro.

ADELA. Y no cederá por nada!
Su obstinacion me intimida.
Esa ambicion desmedida
hará á mi hija desgraciada.
(D. Javier entra y ve á Adela pensativa.)
JAVIER. Adela?
ADELA. Padre! ¿usté aquí?
JAVIER. Te sorprende?
ADELA. (¿Habrá escuchado?)
JAVIER. ¿Qué pasa aquí? Tú has llorado.
ADELA. No tal. (Disimulando.)
JAVIER. Yo digo que sí.
¿Me puedes tú á mi engañar?
ADELA. No piense usted èso ahora.
En el mundo no se llora
solamente de pesar.
JAVIER. Bien; de excusas déjate
y habla. No me ocultes nada.
ADELA. Padre! Soy tan desgraciada!
JAVIER. Hace tiempo que lo sé.
Tu esposo no puede amar
ni á tí... ni á nadie.
ADELA. Es más grave
el asunto.
JAVIER. Eh?
ADELA. Ya usted sabe
que ese afan de aparentar
riqueza y ostentacion
todos sus deseos llena.
Al par que ansioso envenena
de Fernando el corazon.
Eso atenúa mi bien
y eso mata mi alegría.
JAVIER. Tu pobre madre tenía,
aunque no tanto, tambien
ese afan que la cegaba

y que al fin logró infiltrarte,
por él quisiste casarte
con Fernando.

ADELA. ¡Yo le amaba!

JAVIER. Lo sé.

ADELA. Pues bien, padre mio,
por ese afan arrastrado
como jamás ha cejado
en su loco desvarío,
debe una suma que hoy dia
no tiene...

JAVIER. Tanto gastar!

ADELA. Y por poderla pagar
casar intenta á María.

JAVIER. ¡Á María!

ADELA. Sí.

JAVIER. Con quién?

ADELA. (Con afliccion.)
Con Salazar, lo ha anunciado
y temo...

JAVIER. Aún no se ha casado. (Animándóla.)

ADELA. María!... mi único bien!
mi hija infeliz!

JAVIER. Vamos... calma.
¿Á qué llorar? aún no es cierto.

ADELA. Si no es llanto lo que vierto,
si es que se me parte el alma;
y por tan rudos enojos
en blancas gotas fundida,
al buscar una salida
no encuentra más que los ojos!

JAVIER. Yo lo impediré.

ADELA. No espere
de Fernando lograr nada.

JAVIER. Ya verás.

ADELA. Ella casada
con un hombre á quien no quiere!

JAVIER. Pero...

ADELA. Su tenaz porfía,
su afan por todo atropella!
Y ella tan buena... tan bella!
El dolor la mataría!

JAVIER. ¿Qué dices! ¿mi hija morir
con tan agudo pesar!...
ni lo vuelvas á pensar
ni lo vuelvas á decir.
(Con creciente exaltacion.)
Á tan punibles excesos
me opondré con altivez!
¿Qué fuera de mi vejez
sin el calor de sus besos!
¿Dónde hallar ventura y calma
si al fin me faltasen ellos?
Ya se helaron mis cabellos!
que no se hiele mi alma.
Calor le presta su amor
y le da santa alegría!...
¡Ay de mí si llega un dia
á faltarme su calor!

ADELA. Vamos... padre!

JAVIER. Me intimida
sólo pensar de esta suerte!
Yo... camino hácia la muerte.
Ella... despierta á la vida!
¿Qué mucho que unirnos quiera
este amor vivo y eterno?
¿No se une acaso el invierno
con la verde primavera?

ADELA. Defiéndala usted.

JAVIER. Oh! sí,
lo haré con doble energía,
que al defender á María
tambien me defiendo á mí!

ADELA. Fernando se acerca.

JAVIER. Vete.

ADELA. Qué impaciencia tan cruel.

JAVIER. Déjame sólo con él.
Entra en ese gabinete.
(Váse Adela por la izquierda.)

ESCENA VI.

D. JAVIER, el MARQUÉS.

JAVIER. Bien su suerte presumí
cuando logró su deseo.
(Aparece el Marqués pensativo.)
Gracias á Dios que te veo!
MARQ. Cómo? ¿Estaba usted aquí?
JAVIER. Qué? ¿te sorprende?
MARQ. No á fé.
JAVIER. Si he de avisar cuando venga!
MARQ. No es decirle que no tenga
mucho gusto en ver á usté.
JAVIER. Si es así, ya que testigos
imprudentes no tenemos,
sentémonos... y charlemos
como dos buenos amigos.
Ya hace tiempo que quería
hablarte, y aún no he logrado...
MARQ. Ahora estoy tan ocupado.
(Breve pausa.)
JAVIER. ¿Conque casas á María?
MARQ. Sí señor.
JAVIER. Muy bien.
MARQ. La caso.
JAVIER. Y yo lo aplaudo.
MARQ. (Con extrañeza.) ¿Qué escucho?
Usted...
JAVIER. Sí, me alegro mucho
de que hayas dado ese paso.
¡Quién reprobarlo podrá?
Fuera censura indiscreta.
Yo quiero ver á mi nieta...
muy feliz!
MARQ. Y lo será.
JAVIER. Pero ántes... habrás pensado
con detencion... qué persona...
MARQ. Sí tal, ¿quién no reflexiona
un paso tan arriesgado!
JAVIER. Bien dicho! claro se infiere.

Lo demas fuera un oprobio!
Ella querrá mucho al novio.
Marq. Pchs!
Javier. ¡Cómo pchs!... ¿no le quiere?
El cariño en este asunto
se ha de mirar, si deseas...
Marq. No señor: yo tengo ideas
muy raras sobre este punto.
Javier. Ya sé que eres pensador
y que su ventura amparas,
pero no serán tan raras
que la cases sin amor.
Marq. Por nada en el mundo cejo
cuando su dicha preparo.
Javier. Explícate sin reparo!
Marq. Ya me voy haciendo viejo,
y aunque he vivido tambien
en esa edad de ilusiones,
donde hallan los corazones
en niñerías su eden,
pienso que no es verdadera
felicidad, cual presumo,
la que pasa como el humo
sin dejar rastro siquiera.
Ese amor ó desvarío
que nada piensa ni advierte,
al fin huye, y se convierte,
en desencanto y hastío.
Es un fuego que refleja
la dicha que al pecho alhaga,
pero al fin, cuando se apaga
ni su ceniza nos deja.
Aunque ser eterno ofrece,
pronto nuestra pena fragua;
la espuma que forma el agua
monte de nieve parece,
cuya roca endurecida
nada puede quebrantar,
y sólo al irla á tocar
ya se ve desvanecida.
Eso es el amor, que alhaga
un momento cuando nace,

espuma que se deshace,
fuego intenso que se apaga.
Pues bien, al querer casar
á María, como sabe,
en un asunto más grave,
no en ese, debo pensar.
Bueno fuera que dijese,
«escoge tú, vida mia;»
que su jóven fantasía
mil delicias concibiese,
y que despues, en enjambre,
por culpa de mi demencia,
ellos y la descendencia
se me murieran de hambre.

JAVIER. Que tal pienses no concibo!

MARQ. Será rica, es lo mejor:
así, si no tiene amor
tiene algo más positivo!

JAVIER. Luégo me quieres probar...
—Sin calma oyéndote estoy;—
que el amor...

MARQ. El amor hoy
es una frase vulgar.

JAVIER. ¿Sólo una frase... el profundo
sentimiento!

MARQ. Qué arrebato!

JAVIER. Pero... responde, insensato,
¿por quién viniste á este mundo?
¿Ese puro sentimiento
quién en la tierra negó?
¡Él á tus padres unió
para darte ser y aliento!
¿Dónde hallar felicidad
cuando el alma nada siente?
Ese amor vivo y ardiente
del jóven, pasa, es verdad;
mas deja cuando sosiega,
un fuego de lumbre escasa,
que da calor... y no abrasa,
que presta luz... y no ciega.
¿Es una frase vulgar
del hogar la paz ansiada,

ó, para tí, no son nada
las venturas del hogar?
Cuando llegue la ocasion
de que, con honda tristeza,
hiele el tiempo tu cabeza
y hiele tu corazon;
porque tan rudos desvelos
por más tiempo no te agiten
paz buscarás donde habiten
tus alegres nietezuelos!
Y esas dichas al tocar
querrás ansioso apurarlas!
¡Ay, si entónces al buscarlas
no las puedes encontrar!
(El Marqués se levanta. Breve pausa.)
Te disgusta?

MARQ. (Con indiferencia.) No.

JAVIER. Pensé...

MARQ. (Este viejo...)

JAVIER. (No consigo...)

ESCENA VII.

DICHOS y RICARDO, por el foro.

RIC. Señores...

MARQ. Mi buen amigo!

JAVIER. (Quién será?)

RIC. Perdone usté
si acaso le he hecho esperar.

MARQ. Perdon por tal bagatela!

RIC. Ya son... (Mirando su reloj.)

MARQ. (Presentándolo.) El padre de Adela
don Ricardo Salazar.

JAVIER. (Él!)

RIC. Celebro conocer...

JAVIER. Gracias.

MARQ. (Á Ricardo.) Recibió mi aviso?

RIC. Sí señor.

MARQ. (Á D. Javier.) Con su permiso.
Tenemos tanto que hacer!
(Indicando á Ricardo que pase con él á su despacho.)

RIC. Los negocios...
MARQ. No sosiego
un momento! ¿quién se duerme?
RIC. Puede usted reconocerme (Á D. Javier.)
como un amigo.
MARQ. Hasta luego.
(Vánse el Marqués y Ricardo por la derecha.)

ESCENA VIII.

D. JAVIER, despues MARIA.

JAVIER. (Pensativo.) Esos negocios... no sé
por qué imagino...
MARIA. (Entrando.) Papá...
JAVIER. Hija! (Mirándola con ternura.)
MARIA. Me dijo mamá
que había llegado usté,
y vengo corriendo aquí
á estar á su lado un rato.
JAVIER. Muy bien!
MARIA. Aunque es tan ingrato
que no se acuerda de mí!
JAVIER. ¿Que yo no me acuerdo?
MARIA. No,
ni siquiera me ha buscado!
(Cambiando de tono.)
Pero en fin, cese el enfado!
Venga un beso y se acabó!
JAVIER. Y mil que quieras!
MARIA. Eso es!
así mi enojo se aplaca.
—Siéntese usté en la butaca.—
Yo aquí.
JAVIER. Muchacha!
MARIA. (Sentándose.) Á sus piés.
Y ahora... vamos á charlar.
JAVIER. Como quieras, buena pieza.
Tienes la palabra, empieza.
¿De qué me quieres hablar?
MARIA. (Con rubor.) Yo... de nada.
JAVIER. Á qué mentir?

MARIA. Así de lo que ocurriera.
JAVIER. Como si yo no supiera
lo que me quieres decir!
Á un viejo no se le puede
engañar!... Saber ansío!
Habla.
MARIA. Pues bien, padre mio,
sabe usted lo que sucede?
JAVIER. Sí, todo.
MARIA. El peligro avanza;
puedo esperar algo ya?
JAVIER. Todo al fin se arreglará;
no perdamos la esperanza.
MARIA. Cómo?...
JAVIER. Por ese terreno
deja que ande yo solito.
Tú.—Confía en tu abuelito.
MARIA. Qué bueno es usted!
JAVIER. Muy bueno!
MARIA. (Acariciándole.) No es mi suerte tan cruel
cuando su apoyo me ha dado!
Ahora como él se ha marchado!
JAVIER. Hola!... ¿ya decimos *El!*
¿Y quién es... *él*?
MARIA. Ya usted sabe...
JAVIER. ¿Acaso te da sonrojos?...
MARIA. Yo?
JAVIER. ¿Por qué bajas los ojos?
tontuela!
MARIA. El caso es tan grave!...
JAVIER. Y *él*... ignora...
MARIA. Le diré:
usted ya sabe que esa
sociedad ó casa inglesa,
le llamó á Londres...
JAVIER. Lo sé.
MARIA. Y á América; no sé cuándo
partirá ya; el mejor dia.
¿Á que eso no lo sabía?
JAVIER. Ya me lo estás tú contando.
MARIA. Como, aunque jóven, es ya
un ingeniero afamado,

con empeño le han buscado.
JAVIER. Adelante.
MARIA. Usted verá.
Al despedirse de mí
su amor en mi pecho fijo,
estas palabras me dijo
que están grabadas aquí.
«Pronto te voy á dejar
»aunque partir me da enojos.»
Y entónces bajó los ojos
no sé si por no llorar.
«Es inmenso mi dolor,
mas no puedo desistir;
piensa que es mi porvenir
y el porvenir de mi amor.
Hoy el mundo con ley dura
separa nuestro destino;
pronto me abriré camino
para llegar á tu altura.»
Al escucharlo... no sé
lo que mi pecho sintió;
la vista se me turbó
y como el mármol quedé.
«Adios pues,» con extravío
su acento helado exclamó.
Qué triste me pareció
aquel adios, padre mio!
Cual símbolo de mi pena
y del afan con que lucho,
por todas partes lo escucho,
por todas partes resuena!
Sólo una cosa á mi ver
borrarlo de aquí podrá!
El «adios» que me dirá
cuando le mire volver.
JAVIER. Vaya! Suprime esos prontos
de sentimiento, por Dios,
que si no vamos los dos
á llorar como dos tontos.
MARIA. Le quiero tanto!
JAVIER. Muy bien.
MARIA. ¿Lo aplaude usted?

JAVIER. Por qué no?
¿Te has figurado que yo
no quiero á Enrique tambien?
Vaya, lo puedes dudar?
tiene talento y me agrada.
MARIA. Entónces... (Sacando una carta.)
JAVIER. Qué es eso?
MARIA. (Ocultándola con rubor.) Nada.
JAVIER. Algo me ibas á enseñar.
MARIA. ¿Yo?
JAVIER. Por qué esa resistencia?
Habla. Estás conmigo sola.
MARIA. Una carta suya!
JAVIER. Hola!
¡Tenemos correspondencia!
MARIA. Verá usted cómo se explica.
Óigala usted!
JAVIER. Cómo?... á mí (Deteniéndola.)
vas á leérmela?
MARIA. Sí;
usted verá!...
JAVIER. Pero chica!
No ves que fuera un oprobio.
MARIA. ¿Por qué razon? no recelo...
JAVIER. Vas á leer á tu abuelo
una cartita del novio!
MARIA. No impota.
JAVIER. Cómo que no!
porque soy viejo ya infiere!...
MARIA. ¡Verá usted cuánto me quiere!
escuche usted.
JAVIER. Se empeñó.
MARIA. (Leyendo.) «María... etcétera.»)Con rubor.)
JAVIER. (Sonriendo.) Sí.
Así sales del apuro.
Te llamará de seguro
alma mia... ó cosa así.
MARIA. «Cuánto te amo.»
JAVIER. Ya lo infiero.
MARIA. «Tengo mucho que decirte,
»pero al querer escribirte
»sólo sé decir: Te quiero!

»¡Cuánta distancia, María,
»de tu lado me separa!
»Ay! si este papel hablára
»cuántas cosas te diría!
»Solo y en extraño suelo,
»con esta pasion ardiente,
»ni bebo tu mismo ambiente,
»ni miro tu mismo cielo »

(Al llegar aquí, D. Javier, que momentos ántes habia sacado del bolsillo otra carta, interrumpe á María y lee en el mismo tono que ella.)

JAVIER. «Y porque así sin cuidados
»pueda tenerlos seguros,
»remito á usted diez mil duros
»que llevo economizados.»
MARIA. ¡Eh!... ¿qué es eso?
JAVIER. (Sonriendo.) Qué ha de ser?
que yo tambien me carteo.
MARIA. ¿Pero esa letra?... qué veo!
¡Es de Enrique, á ver! á ver!
(Queriendo coger la carta.)
JAVIER. Vamos con tiento, curiosa!
MARIA. ¿Qué era lo que me leía?...
JAVIER. Diez mil duros que me envía.
MARIA. ¿Enrique?... ¿para qué cosa?
JAVIER. Para guardarlos; aquí
me dice...
MARIA. (Leyendo.) «Y es más seguro
»que usted.»
JAVIER. (Interrumpiéndola.) Mas yo me figuro
que tiene su objeto.
MARIA. (Con interés.) Sí!
cuál es?
JAVIER. Yo no soy un zote
y creo... ¿no caes ya?
que esta la base será...
MARIA. Base... ¿de qué?
JAVIER. De tu dote.
MARIA. (Bajando los ojos ruborizada.)
No diga usted!...
JAVIER. Qué bobada!
MARIA. Usted siempre se remonta!

¿qué motivos tiene?...

Javier. Tonta!
no te pongas colorada!
Eso será.

Maria. Por supuesto!

Javier. Son muy justos tus afanes.
(Con cariñoso sentimiento.)
Si vieras tú cuántos planes
me he formado yo sobre esto!
Á mis solas me decía,
por tu dicha de afan lleno,
«si se amáran... es tan bueno
para esposo de María!»
Él á mi gusto se aviene
y he de ver si le conquisto!
Tan formalote!... tan listo!
nada, nada, me conviene!
Y os fingía mi deseo
unidos por tierno lazo,
muy juntitos... y del brazo
yendo los dos de paseo,
y á vuestro lado un chiquillo
jugueton y bullicioso...
¡Me lo fingí tan hermoso
como un ángel de Murillo!
Tonta!... no te ruborices!
nada de extraño tendría!
Yo... con vosotros vivía,
y eramos todos felices!
Compartiendo por igual
mi ternura y mi cariño,
entre vosotros... y el niño...
¡aquel niño angelical!
Si vieras con cuánto anhelo
en esas dichas soñaba!
Cuando la vida se acaba
es tan grato ese consuelo!
Vuestro hogar y vuestro amor
son los sueños que me agitan!
que los viejos necesitan
como los niños calor!
(María enternecida, abraza á D. Javier en el mo-

mento que Adela aparece en la puerta y los contempla con cariño.)

ESCENA IX.

DICHOS, ADELA, despues el VIZCONDE.

ADELA. ¿Aquí de conversacion?
MARIA. El abuelito ha querido.
ADELA. Siento haber interrumpido
tan agradable sesion. (En tono de broma.)
Mi curiosidad me pesa.
MARIA. Ningun secreto se esconde...
VIZC. Señores. (Entrando.)
ADELA. Hola! Vizconde.
VIZC. Á los piés de usted, marquesa.
Señor don Javier... ¿qué tal
de salud?
JAVIER. Así, así.
VIZC. Á María ya la ví...
¡Siempre tan angelical!
MARIA. Por Dios!...
VIZC. ¡Acaso recela
que miento? Fuera mancilla!
De tal palo tal astilla,
y usted es hija de Adela.
ADELA. ¿Tambien á mí me tocó?
VIZC. Y Fernando?
ADELA. Ahora vendrá.
VIZC. Quiero hablarle. Ustedes ya
sabrán lo que pasa?
ADELA. No.
VIZC. ¡Pues poco se ha comentado
el suceso por ahí!
JAVIER. ¿Tan raro es el lance?
VIZC. Sí.
Que Clemencia se ha casado!
MARIA. La de Sandoval?
VIZC. Cabal!
Estaba depositada
hace tiempo... Pues no es nada!
JAVIER. Y qué dice Sandoval?

VIZC. Yo, como en hechos me fundo,
odio la murmuracion;
pero en fin, esta cuestion
ya la sabe todo el mundo,
y bien se puede decir.
Usted sin duda sabría (Á Adela.)
lo que el padre se oponía...

ADELA. Algo.

VIZC. Pues va usted á oir.
Por las leyes amparada
y con voluntad de bronce,
Clemencia en casa de Ponce
estuvo depositada.
La tal chica es un portento!
—Pasó el tiempo y á mi ver,
el padre, que supo ayer
que hoy sería el casamiento,
por la noche se presenta
en casa de Ponce.

ADELA. Digo!

VIZC. Yo lo sé por un amigo
que presenció la tormenta.
Me contó que echaba rayos,
y era justo incomodarse;
lo mismo fué presentarse
que empezaron los desmayos.
Tuvo momentos soberbios!
Sólo pensarlo horripila!
no daba á basto la tila
para calmar tantos nervios.
El pobre novio se apura
por poner término al mal,
y cuentan... que Sandoval
por poco me lo tritura!
Unos con razon se inquietan
y corren despavoridos;
las mujeres dan chillidos,
los hombres se parapetan.
Una llora, la otra empuja;
la señora de la casa
dice asustada: «¿qué pasa?»
y el padre la llama... «bruja.»

«Y crece la confusion,
y aquel estrépito atruena,
hasta que acabó la escena
por general dispersion!

JAVIER. Eso será exagerado!

VIZC. No pienso yo como usté.
Pero á los novios ya ve
qué efecto les ha causado.
Hoy se casaron!... pues no!
en cuanto pasó el estruendo!

JAVIER. Es usted, segun voy viendo,
una gacetilla.

VIZC. ¿Yo!
¿Porque conozco esa escena?

JAVIER. ¡Y acaso no sabe usté
ninguna otra historia...

VIZC. Pche!
Nada que valga la pena!
Así, de gran interés
no sé noticia ninguna!
Que la mujer de Juan Luna
se ha escapado con Cortés.
Que su amiga la de Herrera
tiene cierto trapicheo,
y el marido, segun creo,
ha armado una pelotera.
Que anoche de la tertulia
del Marqués de Montepío,
salió cierto desafío
sólo por causa de Julia.
Que Mercedes huyó á Francia
con su primo, hace unos dias:
y en fin así... tonterías!
cosas de poca importancia.

ESCENA X.

DICHOS, el MARQUÉS y RICARDO, por la derecha.

Marqués entrando muy satisfecho con Ricardo.

MARQ. La ocasion es oportuna,

celebro hallaros aquí.

RIC. Señora... (Saludando á Adela.)

ADELA. ¿Qué ocurre, dí? (Á Fernando.)

MARQ. Ocurre...

RIC. Que la fortuna
me sonrie cariñosa.

MARIA. (Yo tiemblo!)

ADELA. (¿Qué irá á decir?)

MARQ. Ricardo viene á pedir
á María por esposa.

JAVIER. (Oh!)

MARIA. (Jesús!) (Comprimiendo un grito.)

ADELA. (Por compasion,
calma!) (Á María.)

JAVIER. ¿Y tú qué has decidido?

MARQ. Su mano le he concedido
con mucha satisfaccion.

JAVIER. (Esforzándose por reprimir el dolor, al ver á María que se apoya en la butaca para no caer desvanecida.)
Ese enlace es muy honroso!...
(Mas no contaste en verdad...)

MARQ. (Conté con mi voluntad
y eso basta.) (Con seriedad.)

MARIA. (Dios piadoso!) (Desfallecida.)

VIZC. (¡Buena va á armarse! qué tal!)

ADELA. Qué es eso?
(Acercándose á sostener á María.)

JAVIER. Perdió el sentido!
(Adela y D. Javier la colocan en la butaca.)

MARQ. (Procurando dominar la situacion.)
Nada... no es nada, un vahido.
La emocion... es natural.

ADELA. (Fernando!)
(Marqués á Adela con rapidez y energia.)

MARQ. Por nada cedo!
(Á Ricardo con forzada sonrisa.)
Se sorprendió... no sabia!
Es tan nerviosa!...

ADELA. (María!)

VIZC. (Bravo! ya empieza el enredo!
Y este no cede! es rehacio!)

RIC. (Á Adela.) ¿Se encuentra mejor?
ADELA. Sí.
(Á María que empieza á volver en sí.)
MARQ. (Mirando al reló.) (Llora!)
De ir á la Bolsa ya es hora
y estaba aquí tan despacio.
¿Vamos? (Á Ricardo.)
RIC. Sí.
MARQ. Eso no será
nada!
JAVIER. (Oh!)
ADELA. (Su frente arde!)
(D. Javier acercándose al Marqués con entereza.)
JAVIER. Fernando!
MARQ. Es tarde, muy tarde!
(Mostrándole el reló.)
RIC. Señores...
MARQ. Vamos allá.
(Vánse por el foro el Marqués y Ricardo. El Vizconde le acompaña hasta la puerta.)
ADELA. ¡Ve á su hija en tal situacion
y salir de aquí desea!
JAVIER. Maldito el dinero sea
que así hiela el corazon.
(María, al notar que han salido, se levanta, y no teniendo fuerzas para sostenerse, se echa llorando en brazos de Adela.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de descanso en casa del Marqués, alumbrada con profusion de luces y amueblada con la mayor ostentacion. Los arcos que decoran el foro comunican con los salones de baile.

ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE y CABALLEROS, por el foro.

VIZC. Está brillante el salon;
brillante!
CAB. 1.° Verdad que sí?
CAB. 2.° Opino igual.
VIZC. Nunca ví
tal lujo y animacion.
El conjunto es asombroso.
¿Digo bien?
CAB. 1.° Así parece.
VIZC Ay chico! el salon ofrece
un aspecto delicioso!
Soy práctico en estas cosas
y al verle quedé aturdido.
Tantas luces!.. tanto ruido!
tantas mujeres hermosas!
Aquel ambiente cargado
que aturde con su vapor!

De la música el rumor
por mil voces apagado!
Los murmullos incesantes,
ya bajos... ó ya violentos...
de un lado los juramentos
de dos sencillos amantes;
de otro un marido celoso
que, ardiendo en ira, se altera,
sin ver que de esa manera
está el pobre haciendo el oso!
Aquí una mamá impaciente
que echa á su esposo una riña,
tan sólo porque su niña
mira á un pollo que está enfrente.
Allá un galan seductor
de costumbres algo añejas;
y entre tanto las parejas
en vértigo arrollador
pasan con presteza tal,
con tan endiablado vuelo,
que apenas tocan al suelo
en su carrera infernal!

CAB. 2.° Tiene buen gusto el Marqués
y claro lo manifiesta
en esta espléndida fiesta.

CAB. 1.° Pero el pagano... ¿quién es?

VIZC. No fué su esperanza vana.
Hoy María se ha casado
con Ricardo...

CAB. 1.° Y han echado
la casa por la ventana.

VIZC. Pues esa inmensa alegría,
por lo que pude advertir,
no se deja traslucir
gran cosa...

CAB. 2.° En quién?

VIZC. En María.

CAB. 2.° Ha hecho una gran boda!

CAB. 1.° Si
atendiendo al interés...
No juzgaba yo al Marqués
capaz de una cosa así.

Cab. 2.° ¿Qué hija amante se resist !..
Cab. 1.° Pero, hombre, sacrificarla...
Vizc. No teneis más que mirarla;
qué pálida está!.. qué triste!
En vano negar procura
su desaliento constante!
Lleva escrita en el semblante
la expresion de su amargura.
Y no es eso lo más grave,
aun hay más que referir;
(Bajando la voz.)
la gente ha dado en decir,
y todo el mundo lo sabe...
—vosotros no lo creereis—
son solo murmuraciones...
que prosigue en relaciones
con Enrique. ¿Ya sabeis
quién es?
Cab. 2.° Sí.
Cab. 1.° (Bajando la voz.) Yo oí contar
que se escriben diariamente.
Vizc. Vamos, no sé cómo hay gente
amiga de murmurar!
Cab. 2.° ¿Que se escriben...
Vizc. Si es horrible!
Cab. 1.° Pues sostienen el debate.
Cab. 2.° Pero hombre!.. qué disparate!
Tan buena!... cómo es posible!
Cab. 1.° Cosas más raras se ven.
Cab. 2.° Son calumnias!... bueno fuera!
Pues si Ricardo se entera
no va á armar flojo belen!
Vizc. Eso al menos se murmura.
Cab. 2.° Será que algun maldiciente...
Vizc. (Con misterio.)
Y hoy... en la Bolsa, por gente
de crédito se asegura
que por cierta operacion
está muy amenazado
á más de quedar tronado
de entrar en una prision.
Cab. 2.° ¿Ricardo?...

VIZC. Sí.
CAB. 1.° Por quien soy
que siempre llegué á temer!
VIZC. (Con mucho misterio.)
Se ha hecho en la Bolsa correr
cierto parte falso hoy,
y aunque el autor no se sabe...
CAB. 1.° Ya!... Se le atribuye á él?
Si descubren el pastel!...
VIZC. Ya veis que el asunto es grave!
CAB. 1.° Y Fernando que esperaba!...
VIZC. Quién á contarle se atreve...
Lo que á don Cándido debe
así pagarle pensaba.
CAB. 2.° ¡Á don Cándido!
VIZC. Lo ignoras?
CAB. 2.° No sabía...
VIZC. Bueno está!
pues si eso lo sabe ya
todo Madrid á estas horas!
Treinta mil duros.
CAB. 1.° No es nada!
VIZC. Y por pagar se apresura,
porque tiene... una escritura
de depósito firmada.
Ricardo su salvacion
es, y sólo en él confía.
CAB. 2.° Pues, y la pobre María...
CAB. 1.° Es quien paga la funcion.
VIZC. Todo lo debe temer
de ese usurero tenaz;
don Cándido es muy capaz
hasta de hacerle prender.
CAB. 1.° No sé cómo en las reuniones
admiten á un hombre así...
CAB. 2.° ¿Pues don Cándido?...
CAB. 1.° Está ahí.
¿No le has visto en los salones?
Alternando con la gente
principal como el primero.
VIZC. Hoy en dia un usurero
no es ya lo que antiguamente.

Antes la vida pasaba
custodiando su tesoro,
y haciendo pilas de oro
sus delicias encontraba.
En un mezquino rincon
viviendo pobre y oscuro,
por tenerlo más seguro
dormía sobre su arcon.
Y aparentando pobreza,
esclavo de la avaricia,
aumentaba su codicia
á la par que su riqueza.
Hoy no es así. Ya usa *clac*,
y no va sucio y mugriento;
presta al ochenta por ciento,
pero se viste de frac.
Gritos de furor no arranca
por su modo de vivir;
hoy, lo principal es ir
de frac y corbata blanca!
Son costumbres manifiestas
y por mí no exageradas.
¿Vas bien vestido? me agradas.
¿Vas mal vestido? me apestas.
Dejadle pues que se esponje,
y que así viva halagado,
ya que la gente ha olvidado
que el hábito no hace al monje.

CAB. 1.° Muy bien dicho.
CAB. 2.° Opino igual.
CAB. 1.° Resúmen.
VIZC. Qué has reasumido?
CAB. 1.° Ricardo comprometido;
el Marqués otro que tal;
y en prision probablemente
pagarán sus extravíos;
la otra con sus amoríos....
Pero señores, qué gente!
CAB. 2.° Quizás alguna invencion...
CAB. 1.° ¿Invencion? Sí; por supuesto.
CAB. 2.° No hay que creer...
VIZC. Todo esto

se murmura en el salon.
Acércate y lo verás.
Todo se ha sabido á escape.
¡Hay armado un cipizape,
sobre todo en las mamás,
que alguna á decir comienza:
«Si yo lo hubiera sabido
no hubiera nunca venido
á esta casa!...» qué vergüenza!..
«entre qué gentes estamos!
Qué desmoralizacion!»

CAB. 2.° (Mirando al foro.)
Álguien llega.

VIZC. Pues chiton!
No digan que murmuramos.

ESCENA II.

DICHOS, D. CÁNDIDO, por el foro.

CAB. 2.° Don Cándido viene allí.

VIZC. Es repugnante ese tio!

CAND. (Entrando.) Señores!...

CAB. 1.° (Dándole la mano.) Amigo mio!

VIZC. Tanto bueno por aquí!

CAB. 2.° ¿Qué tal, don Cándido?

CAND. Bien.

CAB. 1.° Distrayendo así sus ocios!

VIZC. Qué?... los hombres de negocios
no han de esparcirse tambien?

CAB. 1.° Ántes le he visto, al pasar
por el salon.

CAND. No he notado...

CAB. 1.° Estaba usted preocupado!

CAB. 2.° Tendrá tanto en qué pensar!

VIZC. Pues vaya!... no ha tener!
(En la usura descarada.)

CAND. (Volviéndose hácia el Vizconde.)
¿Qué decía usted?

VIZC. No, nada!
que tengo mucho placer
en ver á usted, y le ruego

que entre sus admiradores
me cuente.

CAND. Gracias.

VIZC. (Despidiéndose.) Señores...

CAB. 1.° (¿Qué tal?) (Cogiéndose del brazo del Vizconde.)

VIZC. (Á los Caballeros.) (Un pillo!)
(Saludando á D. Cándido desde el foro.)
Hasta luégo.

(El Vizconde y los caballeros se retiran murmurando por el foro.)

ESCENA III.

D. CÁNDIDO, despues D. JAVIER.

CAND. ¡Estúpidos! Pensarán
que yo en sus palabras creo.
En mi presencia me adulan
y hasta me fingen afecto,
y ahora al irse de seguro
me irán quitando el pellejo.
Mientras su caudal me dejen...
(Sale D. Javier.)
Señor don Javier!

JAVIER. Qué veo!
(Siempre este hombre!)

CAND. Le buscaba
con interés hace tiempo.

JAVIER. Pues aquí me tiene usted.
¿Qué ocurre?

CAND. Nada de nuevo;
son asuntos atrasados
los que resolver debemos.

JAVIER. Diga usted.

CAND. No me parece
oportuno este momento
para hablar de ciertas cosas
al señor Marqués, y creo
que nadie mejor que usted
pudiera en mi nombre hacerlo.

JAVIER. Ya escucho.

CAND. Pues bien, la suma

consabida.

JAVIER. ¿Qué?

CAND. No puedo
tardar más tiempo en cobrarla;
mi fortuna está sufriendo
graves, inmensos perjuicios.

JAVIER. Ya habló con usted sobre esto
Fernando, y le prometió
devolvérsela al momento.

CAND. Es verdad; pero me dijo
que ántes de firmar su yerno
los contratos, me daría
los treinta mil duros...

JAVIER. Ruego
á usted...

CAND. Y segun parece
—eso se murmura al ménos—
Ricardo tiene perdido
su capital por completo.

JAVIER. ¿Ricardo?

CAND. Así lo decían
en el salon.

JAVIER. (¡Dios eterno!
Será posible... No sé.)

CAND. Conque, don Javier, yo espero
que hable usted con el Marqués
y más tarde nos veremos.

JAVIER. Concédale usted un plazo,
el último... un mes.

CAND. No puedo.

JAVIER. (Dios mio!)

CAND. Me es imposible
acceder á sus deseos.

JAVIER. Piense usted...

CAND. No pienso nada.
(Cambiando de entonacion al ver entrar á Adela.)
Oh! señora!

ESCENA IV.

DICHOS, ADELA, despues el MARQUÉS.

JAVIER. (¡Qué tormento!)
ADELA. Si era asunto reservado...
CAND. No señora.
ADELA. Yo no quiero
incomodar.
CAND. Ahora mismo
me disponía de nuevo
á volver por los salones,
pues de contemplar no ceso
los encantos de esta fiesta
que á su buen gusto debemos.
ADELA. Pues por mí no se detenga.
CAND. (Dirigiéndose al Marqués que habrá salido preocupado momentos ántes, y con intencion.)
Señor Marqués... hasta luégo.
Señora...
ADELA. Adios.
CAND. ¿Viene usted,
don Javier?
JAVIER. Voy al momento.
(Vánse D. Cándido y D. Javier.)

ESCENA V.

EL MARQUÉS, ADELA.

MARQ. (Mi ruina ese hombre será!
¿Cómo á Ricardo decir
esta noche?... Transigir
con él no es posible ya.)
ADELA. Fernando... (Acercándose.)
MARQ. Déjame!
ADELA. No.
¿Es esta—dí la verdad—
aquella felicidad
que tu mente imaginó?
Lujo... placer... cuanto ansiabas

ha conseguido tu pecho!
Responde... ¿estás satisfecho?
¿es esto lo que soñabas?
Si fué tu sola ambicion
la que hoy sus goces te ofrece,
¿por qué al tocarla parece
que te hiela el corazon?

MARQ. Calla!

ADELA. Que calle! Te irrita
esta queja? No lo extraño.
No soy yo quien te hace daño
en tu conciencia que grita!
Tu esperanza está colmada
y con motivos te arguyo:
ya Ricardo es hijo tuyo;
ya María está casada!
¿No ves cómo la alegría
recompensa tu interés?
¿No ves mi dicha? No ves
la ventura de María?

MARQ. Basta ya! no me atormentes.
Será feliz!

ADELA. Sin amor!

MARQ. Ya lo tendrá. ¡Por favor,
mis inquietudes no aumentes!
Ricardo al fin logrará...
Ahora á conocerla empieza.
Él es rico...

ADELA. La riqueza
pocos placeres le da.
Hoy con galas se atavía
como nunca las soñó,
pero el alma ya perdió
las galas de su alegría.
Cada vez son sus enojos
y sus penas más constantes,
brillan mucho sus diamantes,
pero no brillan sus ojos!
Del alma su luz tomaron
cuando tuvo dicha y calma,
mas hoy, que ya ha muerto su alma
ellos tambien se apagaron!

Esas galas, paz y amor
á su corazon no ofrecen,
al mirarlas... me parecen
atavíos del dolor.
Y al ver las quejas que exhala
vengo siempre á discurrir,
que al que acaba de morir
tambien lo visten de gala.

MARQ. Es mucha exageracion!
Á su edad las alegrías
se recobran...

ADELA. ¿No sabías
que abrigaba otra pasion,
y que cifrando su bien
en ella, con fé sincera,
matar su cariño era
matar su dicha tambien?

MARQ. Cese tu loca demencia!
Déjame solo! No más!
(Váse por el foro.)

ADELA. ¿Y piensas que sólo vas?
Te acompaña tu conciencia!

ESCENA VI.

ADELA, despues MARÍA, por la izquierda.

ADELA. No lograrás tu deseo
que en ella tienes tu espía!

MARIA. (Entrando.) Al fin te encuentro!

ADELA. (Abrazándola.) María!

MARIA. Gracias á Dios que te veo!

ADELA. ¿Quieres algo?

MARIA. No.

ADELA. Pensé...

MARIA. No te separes de mí!
Cuando me encuentro sin tí
tengo hasta miedo!

ADELA. ¿Por qué?

MARIA. ¿Con mis palabras te admiro,
madre mia?

ADELA. Vamos... Calma.

MARIA. Las sombras que hay en mi alma
ennegrecen cuanto miro!

ADELA. Por Dios, mitiga el quebranto!

MARIA. Pienso, madre, que muriera
si á tu lado no pudiera
dar rienda suelta á mi llanto!
Con el mar de mi afliccion
tanto he batallado á solas,
que estas lágrimas... son olas
que suben del corazon!
¿Qué hacer si el alma se humilla
y la tempestad aumenta?
¡Es tan fuerte la tormenta
y está tan lejos la orilla!
¡Mientras más la lucha avanza
es mayor mi desamparo!
¡No hay en este mar ni un faro
que despierte la esperanza!
¿Cabe suerte más terrible?
¡Aun cuando sea sangriento,
si la esperanza da aliento
es el combate posible,
mas si se ha de sostener
y nada se ha de esperar,
es imposible luchar,
y es imposible vencer!

ADELA. Vamos, no llores, María!
Tu padre en tu bien pensó.
¿Á qué esas quejas?

MARIA. Si yo
no me quejo, madre mia!

ADELA. ¿Con eso qué lograrás?

MARIA. Si sé que de hallarme así
es mia la culpa! Sí;
es mia!... de nadie más!
¿Mas cómo dejar de hacer
lo que mi padre ordenó?
¿Yo resistirme!... Eso no!
su mandato obedecer
desde niña me mostraron
como un deber verdadero!
¿Te acuerdas? Fué lo primero

que tus labios me enseñaron!
Pude oponer resistencia
y el enlace no aceptar,
pero no quise faltar
al deber de la obediencia!

ADELA. Hija mia!... Ven aquí!
(Abrazándola con ternura.)

MARIA. Ya Ricardo es mi marido.
Mi padre está complacido.
¿Qué importa á nadie de mí?

ADELA. No digas eso, María,
¿así agravas mi dolor?

MARIA. Si no fuera por tu amor
¿piensas tú que existiría?
¡Desecha vanos antojos!
Á no ser por estos lazos...
á dónde tender los brazos,
ó dónde volver los ojos,
sin que solo en torno mio
encontrasen, sin piedad,
los ojos... la soledad
y los brazos... el vacío?
¡Olvidar tu amor profundo!

ADELA. ¡Serénate por favor!

MARIA. Pues hoy ya ¿con qué otro amor
puedo soñar en el mundo?
Él tan solo vive en mí,
pues otro el deber me veda;
¡único bien que me queda
de los muchos que perdí!
En otras el fuego ardiente
de una sincera pasion
purifica al corazon
que su noble influjo siente.
En mí, tan solo intentarlo
me trocaría al sentirlo...
(Rechazando el pensamiento.)
¡si no me atrevo á decirlo!
¡si me da miedo pensarlo!

ADELA. (Infeliz!)

MARIA. Dichas!.. placeres!..
¿De quién los puedo esperar?

¿Ya qué me resta? Llorar...
y cumplir fiel mis deberes.
Por su senda, madre mia,
sólo he de pisar abrojos!..
¡nunca surgió ante mis ojos
tan medrosa y tan sombría!
Y tener que aparentar,
y mi dolor encubrir,
y entre esas gentes bullir,
y estos adornos llevar!..
Hablar aquí de aflicciones!
Qué contraste... qué locura!
Mi calle de la amargura
la forman esos salones!
Recorrerla es necesario
y su término al tocar,
donde otras hallan su hogar
hallaré yo mi Calvario!

Adela Vamos, hija, tu dolor
aumenta más mi agonía.

María. No puedo más, madre mia?
(Con creciente delirio.)
Infúndeme tú valor!
Ya sabes que á Enrique di
de mi cariño la palma.
Su amor... me arranqué del alma
hoy que á Ricardo me uní.
Más si ante ese precipicio
retrocedí con horror,
ya no me queda valor
para un nuevo sacrificio.
¡Ser mártir es mi destino,
y he de serlo, no te asombre!
pero, por Dios, que ese hombre
no se cruce en mi camino!
¡No pudiera mi pasion
tal vez ocultar ..

Adela. María!..

María. (Con violenta expresion, horrorizada del pensamiento que empezaba á acariciar en su delirio.)
¡No! perdona! Eso sería
provocar tu maldicion!

(Escondiéndose en los brazas de Adela, poseida de un vivo temor.)

ADELA. ¡Y la de Dios!

MARIA. (Aterrada.) Sí.

ADELA. Ten calma!..
Medita...

MARIA. Ya estoy serena!
(Con energía y sentida expresion.)
Seré muy buena... muy buena...
como tú... madre del alma!
(Echándose en los brazos de Adela.)

ESCENA VII.

DICHOS, despues el VIZCONDE por el foro.

ADELA. Álguien viene... Calla!

MARIA. (Serenándose.) Sí.

ADELA. Por Dios, cálmate, María!

VIZC. (Entrando.) Á usted buscando venía,
marquesa. (¿Qué pasa aquí?)

MARIA. (No puedo más.)

VIZC. (Han llorado!)

MARIA. (Si me parece que sueño!)

VIZC. Rosario con gran empeño
que busque á usted me ha encargado.
Quisiera hablarle...

ADELA. Ahora iré.

VIZC. ¿Y usted, María, qué tal?
su ventura... conyugal
envidio no sé por qué!
Pocos logran conseguir
tan inefable alegría!

MARIA. (¡Me da miedo esa ironía!)

ADELA. (¿Qué pretenderá decir!)

VIZC. No es una exageracion.
Yo su testimonio invoco.
Así lo dije hace poco
á Ricardo en el salon.
Pero vamos. (Á Adela.)

ADELA. Vamos, sí.

VIZC. (Fijándose en María.)

Hoy sí que está... angelical!
Adios, dichosa... mortal!
¿Vamos, Marquesa?

MARIA. (Ay de mí.)

(Adela acepta el brazo que le ofrece el Vizconde y se retiran por el foro.)

ESCENA VIII.

MARÍA.

Me miran con tales modos!
se me oprime el corazon! (Breve pausa.)
Y todos en el salon
han hecho lo mismo! todos!
¿Por qué me miran así?
En qué falté? ¡Por qué muero?
Parece que el mundo entero
se conjura contra mí! (Pensativa.)
¡Esas sonrisas forzadas
con que siguieron mis huellas
por los salones; aquellas
palabras entrecortadas
que al mirarme se decían
cuantos á mi paso ví!...
¿eran para hablar de mí?
¡Por qué entónces sonreían?
¡Duda miserable y ruda...
rompe tu velo traidor;
si ha de matarme el dolor
que no me muera en la duda!
La verdad busco contènta
y así más penas no afronto!
La verdad mata de pronto!
la duda es lenta, muy lenta!

ESCENA IX.

MARÍA, D. JAVIER, por el foro.

JAVIER. (Entrando.) Ah! María! te buscaba.
(Contemplando su abatimiento.)

¿Qué tienes? saber espero...

MARIA. ¿Que he de tener? Que me muero,
que el sufrimiento se acaba,
que no hallo más que despojos
de cuanto quise alcanzar;
que necesito llorar
y están enjutos mis ojos!

JAVIER. Vamos, hija, ten paciencia.

MARIA. ¡Quién calma tanta afliccion?

JAVIER. Serénate. En el salon
han notado ya tu ausencia.
Vé.

MARIA. ¡No puedo!

JAVIER. Vé, María,
tu deber lo ordena así.

MARIA. ¿Me verá usted luégo?

JAVIER. Sí.
¿No he de verte, vida mia? (Váse María.)

ESCENA X.

D. JAVIER, despues el MARQUÉS, por la izquierda.

JAVIER. Vuelve al salon! Su quebranto
domina con ansia loca,
pero se junta en su boca
la sonrisa con el llanto.
Todos al verla pasar
sonrien... oh! si yo ahora...

MARQ. (Entrando.) (La impaciencia me devora.
No me atrevo á penetrar
en el salon!... ¿quién podría
saber?...)

JAVIER. Qué es eso?

MARQ. (Con febril impaciencia.) Soy yo.
¿Ha visto á Ricardo?

JAVIER. No.
Estaba aquí con María.

MARQ. Si esto es infame! No sé
qué pensar...

JAVIER. Pero ¿qué pasa?

MARQ. ¿No sabe usted que en mi casa,

en mi propia casa!...

JAVIER. Qué?

MARQ. Se murmura en el salon
que esos partes que han corrido
en la Bolsa...

JAVIER. Sí, he oido
que la falsificacion
de esos partes se ha hecho aquí
en Madrid, pero...

MARQ. Pues bien,
se le atribuyen...

JAVIER. Á quién?

MARQ. Á Ricardo.

JAVIER. ¡Cómo!

MARQ. Así
se dice. Me lo ha contado
el Vizconde en los salones.

JAVIER. De tus ciegas ambiciones
es el justo resultado.
Ese hombre, cuya falsía
de tu boca oyendo estoy,
por tu voluntad es hoy
el esposo de María!

MARQ. Oh!

JAVIER. Y aún hay más!

MARQ. Cómo?

JAVIER. Sí.
Es mayor tu desventura!
porque tambien se murmura
en ese salon de tí!

MARQ. ¡De mí!... qué importa! De todo
murmuran los maldicientes!

JAVIER. ¡Que no te importa!

MARQ. Esas gentes
sólo viven de ese modo!

JAVIER. Y no es eso lo peor.
Algo habrá que más te aflija:
viendo que le has dado á tu hija
por esposa sin amor,
su cómplice te creerán
los que hoy unidos os ven.

MARQ. ¡Fuera una infamia!

JAVIER. Pues bien,
infame te juzgarán!

MARQ. Eso nunca! Dios clemente!
¡Que haya tan bajos intentos!
¿por qué ciertos pensamientos
no han de estallar en la frente,
y sólo al imaginarlos,
para perpétuo baldon,
delatar con su explosion
al que es capaz de abrigarlos?
No, jamás; busque al instante
á Ricardo por piedad!
Él nos dirá si es verdad
esa noticia infamante!

JAVIER. Y no olvides que es preciso
entregar ese dinero...

MARQ. Á ese maldito usurero?
Sí, no olvido el compromiso!
¡Sólo así podré librar
de sus garras la honra mia!

JAVIER. ¡Mas la dicha de María!...

MARQ. No aumente usted mi pesar!
(Váse D. Javier por el foro.)

ESCENA XI.

EL MARQUÉS.

¡Dice bien! Yo me engañé!
qué afan tan extraño siento!
¿Qué es esto?... remordimiento?
Remordimiento!... ¿Por qué?
Yo busqué con ansiedad
la ventura de María!
Si en la riqueza veía
la mayor felicidad,
que culpen á mi ambicion!
Yo lo conozco el primero!...
No digan que no la quiero
con todo mi corazon!
Siquiera por egoismo,
¿no la tengo de querer

si ella es parte de mi ser!
¿Quién no se quiere á sí mismo! (1)
*¡Hija del alma, inocente!
*yo maldigo mis excesos!
*¡ven y disipen tus besos
*las tinieblas de mi frente!
*¡Ven... sí!... yo quiero besarte!
*¡mas... no!... mi pecho se oprime!
*El beso tuyo... redime!
*el mio... puede mancharte!
*¡La luz que el espacio puebla
*brota en el cielo infinito
*al beso de Dios bendito!...
*al de Luzbel la tiniebla!
*¡Fuera contraste cruel
*que mezclásemos los dos
*el beso santo de Dios
*con el beso de Luzbel!

ESCENA XII.

DICHO, el VIZCONDE.

VIZC. (Entrando muy agitado.)
Fernando...
MARQ. ¿Qué es eso, dí?
VIZC. No seas tan impaciente!
MARQ. Qué hay?... responde.
VIZC. Que la gente
se marcha.
MARQ. ¿Se marcha?
VIZC. Sí.
MARQ. ¿Y por qué? (Traidor indicio!)
VIZC. Yo soy tu amigo ..
MARQ. Ya sé...
VIZC. Y por tí con gusto haré
siempre cualquier sacrificio.
Tú sabes...
MARQ. Bien; adelante.

(1) Los versos marcados con asterisco se suprimen en la representacion.

VIZC. Mas...
MARQ. Tu silencio es horrible!
VIZC. Hice cuanto fué posible,
mas nada ha sido bastante.
Yo procuré con afan!...
MARQ. Pero...
VIZC. Lo puedes creer.
Bien los quise detener;
mas no hacen caso; se van.
MARQ. Por qué, dí?
VIZC. Murmuraciones!
Calumnias!... á nada viene...
Pero, chico, el mundo tiene
ciertas preocupaciones!...
MARQ. Acaba pronto, por Dios!
¿no me quieres repetir?...
VIZC. La gente ha dado en decir
que Ricardo y tú... los dos,
por ciertos partes fingidos,
que sabe Madrid entero,
y yo no sé qué usurero...
estabais comprometidos.
Tanto que todos decían
con calma que no me explico,
que esta misma noche, chico,
á los dos os prenderían;
Qué! si es atroz! tú no estás
bien enterado!... Es horrible!
Ya ves tú... cómo es posible?
Calumnías y nada más!
MARQ. ¡Infames! (¡Me están matando!)
VIZC. Siento este disgusto...
MARQ. Si.
VIZC. Ya volveré por aquí.
Conque... adios. (¡Pobre Fernando!)
(Váse por el foro.)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS.

¡Y se van!... Todos se van!

¿Ya qué me resta, qué hacer?
¡Deshonrado!... ¡Siento arder
en mi cabeza un volcán!
*¡Volcan que me da pavor,
*y me aterra... y me acongoja!
*¡Volcan que estalla y que arroja,
*cual lava de mi dolor,
*olas que rugen sin calma,
*al subir en este instante
*en roja tinta al semblante,
*y en gotas de fuego al alma. (Pausa.)
¡Asombra que esos malvados
me atormenten de mil modos!...
¡más viles que yo son todos...
(Con irónica sonrisa.)
y huyen escandalizados!
(Breve pausa.)
¡Me empujan al precipicio
y se cubren á porfía
con la vil hipocresía,
máscara infame del vicio!
¡Miserables corazones
que con astucias sutiles,
como turba de reptiles
se arrastran por los salones,
y en su empeño decidido,
con proceder cauteloso,
adulan al poderoso
y calumnian al caido!
¡No hay quien la verdad proclame;
mas yo tampoco lo quiero!
vuestra calumnia prefiero
á vuestra lisonja infame!

ESCENA XIV.

El MARQUÉS, D. JAVIER por el foro.

JAVIER. (Entando y dirigiéndose á Fernando.)
¡Ricardo ya no está aquí!
MARQ. ¿Que no está aquí?
JAVIER. Se ha marchado.

MARQ. ¡Dios mio!

JAVIER. Pero ha dejado
esta carta para tí.

MARQ. (*Tomándola.*)
¿Por qué tiemblas, corazon?
¡Valor, préstame tu ayuda!
Hace más daño la duda
que la misma conviccion!)
(*Leyendo en voz alta.*)
«Todo se ha descubierto. Estoy perdido. La
»justicia me busca y huyo inmediatamente.»
Jesús!

JAVIER. Infame!

MARQ. Qué horror!

JAVIER. Esa es tu obra!

MARQ. Me he perdido.

JAVIER. ¡Tú, ultrajado! Él, perseguido!
¡Tu hija sin dicha ni amor!...

MARQ. Oh! ¡Basta ya! Dios clemente!

JAVIER. Goza el premio de tu anhelo!
¡Quisiste escupir al cielo
y te has manchado la frente!

MARQ. (*Con delirio.*) ¡Si mereció mi extravío
nuevas penas sin fortuna...
no las mandes una á una!...
¡Todas de una vez, Dios mio!!

JAVIER. Sólo tu paz se concilia
de un modo!

MARQ. Y quién me lo abona?

JAVIER. ¡Si hay gente que te abandona...
aun te queda tu familia.

MARQ. Oh! sí! (*Con viva expresion.*)
Seres que sin calma
vivís por mi proceder,
uno parte de mi ser,
y otro parte de mi alma...
Venid!... prestadme consuelo!
¡No maldigais mi egoismo!
Yo os quise abrir un abismo!
(*Adela y María salen foro izquierda y atraviesan la escena.*)
Dadme vosotros un cielo! (*Pausa.*)

Hija mia! Adela, aquí!
(Al oir la voz del Marqués, Adela y María quieren venir hácia él y D. Javier las obliga á marcharse por el foro.)

JAVIER. (Que no sepan que Ricardo...)
Venid, venid.

MARQ. ¿Ya qué aguardo?
¡Las dos huyendo de mí!

ESCENA XV.

EL MARQUÉS; despues D. CÁNDIDO por el foro.

MARQ. ¡Y yo en sus brazos pensé
calmar tanta desventura!...
¡ojos que veis mi amargura!...
¡por qué no cegais... por qué!!
(Breve pausa.)
¡Solo!... mi crímen lo quiso!
¡Justo es el mal que me agita!
¡Idos! sí!! que está maldita
hasta la tierra que piso!
(Aparece D. Cándido en el foro.)
¡Sólo! ¿Qué es esto? jamás
tanto infortunio se vió!
(Viendo á D. Cándido que avanza muy lentamente hasta colocarse hácia el segundo término de la derecha, ó sitio más conveniente á la situacion.)
Mas qué digo?... Solo... no!
¡Conciencia... no grites más!
¡Que aunque es mi lucha sangrienta,
para hacerla más tirana...
has tomado forma humana...
y ese hombre te representa!!
(Señalando á D. Cándido, que permanece inmóvil.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion modestamente amueblada. Puerta al foro y laterales. Ventana á la derecha. Á la izquierda un *bureau* ó mesa de eecritorio, y cerca do ella un sillon ó butaca. Estos doe muebles contrastarán con el resto de los demas.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, aparece en la ventana. ADELA, sentada en la butaca.

MARIA. Pues no viene todavía.
ADELA. Aún hace muy poco rato
que salió. No es de extrañar.
MARIA. (Acercándose á Adela.)
Pasa el tíempo tan despacio,
tan lento cuando se espera!
ADELA. ¿Y tu padre... ha despertado?
MARIA. Aún no; ya rayaba el dia
cuando rendido al cansancio
se tranquilizó. Ha tenido
un sueño tan agitado
toda la noche... Unas veces
con angustia y sobresalto
se incorporaba y decía
palabras sueltas, mezclando
con frases incomprensibles
mi nombre y el de Ricardo.

Otras caía en el lecho
casi exánime postrado,
y perdon... perdon decía
entre sollozos y llantos!...
Qué noche! qué pesadilla
tan horrible!

ADELA. Son estragos
que hace la convalecencia.
La enfermedad que ha pasado
ha sido tan grave!

MARIA. Es cierto.

ADELA. Mas confío en Dios. Acaso
cambie pronto nuestra suerte.

MARIA. Seis meses en este estado! (Pausa.)

ADELA. Y el Vizconde, ¿no ha venido
tampoco?

MARIA. No.

ADELA. Se ha portado
tan bien con nosotros!... Ántes
más que por maldad, por hábito,
su murmuradora lengua
nos causó bastantes daños.

MARIA. Mas su corazon es bueno
y hoy trata de remediarlo
cuanto puede.

ADELA. Él es el único,
desde que así nos hallamos,
que viene todos los dias
á vernos.
(Fijándose en María, despues de una breve pausa.)
¿Qué estás pensando,
María?

MARIA. (Abatida.) ¡Qué he de pensar!
Hoy se cumple medio año
del baile aquel. Ya te acuerdas
del dia que huyó Ricardo
de Madrid. Por la mañana
nuestra boda celebramos,
por la noche la justicia
le perseguía, y burlando
su vigilancia, no sé
dónde huyó, ni dónde...

ADELA. (Animándola cariñosamente.) Vamos,
¿á qué afligirnos? ¿y á qué
recordar á cada paso
tantas desgracias!
MARIA. Es cierto.
ADELA. Hija mia! Ten más ánimo!
MARIA. Cuidar de mi padre enfermo
y vivir siempre á tu lado
es hoy mi único deseo,
la única dicha que aguardo!
Aún puedo ser muy feliz!
Tu amor con sus dulces lazos
suplirá, madre del alma,
de otra pasion los halagos.
Despierta con tus caricias
los recuerdos ya lejanos
de mi infancia; aquellos tiempos
tan felices que pasaron!
Ahuyenta por compasion
los pensamientos amargos
que están bullendo en mi frente
con los besos de tus labios.
Dame valor en la lucha
y ofréceme, madre, en cambio
si consigo la victoria,
el premio de tus abrazos.
Así seré venturosa
y así diré sin reparo,
si vale el amor que pierdo
más vale el amor que gano!
ADELA. Tranquilízate.
MARQ. (Dentro.) María.
ADELA. Es tu padre! Ha despertado!
MARIA. Querrá levantarse. Voy
al punto. (Váse por la izquierda.)
ADELA. ¡Pobre Fernando!

ESCENA II.

ADELA, despues D. JAVIER, por el foro.

ADELA. ¡Cómo abate la desgracia!

¡Qué pronto todo ha cambiado!
Ayer... riqueza... placeres!
¡Hoy miseria y desamparo!

JAVIER. (Entrando.) Adela!

ADELA. (Con impaciencia.) Gracias á Dios
que al fin vuelve! ¿qué ha pasado?

JAVIER. Nada. (Disimulando su turbacion.)

ADELA. ¡Por Dios!... no me oculte...

JAVIER. ¡Pues no te digo...

ADELA. Hable claro.
Su semblante lo desmiente!
Viene trémulo... alterado!

JAVIER. No imagines...

ADELA. ¿Qué demuestra
su agitacion?

JAVIER. El cansancio.
Noventa y seis escalones
son muchos para mis años!

ADELA. Hable usted y nada tema:
acostumbrada al quebranto,
el placer... me mataría,
el dolor... sé soportarlo!

JAVIER. (¿Cómo le digo... imposible!)

ADELA. ¿Ha visto usted á don Cándido?

JAVIER. De eso vengo.

ADELA. ¿Y qué le ha dicho?
¿por ventura se ha logrado?...

JAVIER. Aún no. Reclama esa suma
con razon: al fin y al cabo
es suya.

ADELA. ¿Pues qué se ha hecho
del dinero que importaron
los muebles y las alhajas?

JAVIER. No basta. Son necesarios
diez mil duros más.

ADELA. ¿Pues cómo?...

JAVIER. De tus alhajas quedaron
tan pocas!...

ADELA. Verdad.

JAVIER. Y unidas
á los muebles han sumado
veinte mil duros; aún faltan

diez mil.

ADELA. ¿Pero ese don Cándido
no se aviene?...

JAVIER. No; si viera
imposible recobrarlos
de otro modo, sí lo haría,
mas como sabe que guardo
los diez mil duros de Enrique,
imagina que he de darlos.

ADELA. ¿Y usted lo hará?

JAVIER. No son mios.
Imposible!

ADELA. ¿Y entre tanto
esos veinte mil?...

JAVIER. Están
seguros, depositados
en la casa de un banquero.

ADELA. Pues es preciso arreglarlo.

JAVIER. ¿Cómo?

ADELA. De cualquier manera.
La cuestion es que Fernando
salga de esta incertidumbre
que le causa tanto daño.
El pobre, aunque no se queja,
en silencio sufre tanto!...
Acostumbrado á vivir
siempre con lujo y boato,
hoy, que por su enfermedad
necesita más cuidados,
verse pobre... sin recursos,
sin un amigo, encerrado
en una modesta casa
y lleno de sobresaltos!
Arréglelo usted por Dios.

JAVIER. Ya no es posible arreglarlo.

ADELA. ¿Qué dice usted?

JAVIER. Que tambien
he visto al juez hace rato...

ADELA. (Con extrañeza y sobresalto.)
¿Y qué tiene el juez que ver?
No sé que encuentro de extraño
en sus palabras... que me hace

temblar, padre mio!

JAVIER. Vamos,
resignacion!

ADELA. No la tengo
para seguir ignorando
más tiempo lo que sucede.
¿Qué ha dicho el juez?

JAVIER. Que don Cándido
le ha entregado ya el recibo
de depósito firmado
por tu esposo, y que mañana
si no se realiza el pago
por completo...

ADELA. (Con impaciencia.) Acabe usted.

JAVIER. Tendrá que extender el auto
de prision.

ADELA. (Horrorizada.) ¡Jesús!

JAVIER. Adela!

ADELA. ¡En una cárcel Fernando!

JAVIER. Calla!

ADELA. ¡Qué horror!

JAVIER. (Viendo al Marqués aparecer en la izquierda apoyado en María.)
(Él se acerca!)

ADELA. (Esforzándose por dominar la situacion y aparecer tranquila.)
¡Ya estoy serena! (Dios santo!)

ESCENA III.

DICHOS, MARÍA y el MARQUÉS.

MARIA. Despacio. Nadie te espera.

JAVIER. (Á Adela.) (Disimula por piedad!)

MARQ. Mal se aviene con tu edad
el oficio de enfermera.
Pobre hija mia!

MARIA. Por qué?

MARQ. Me atormenta más que todo
verte pagar de ese modo
los males que te causé!
(Se sienta en la butaca.)

Y ustedes... ¿qué hacen ahí
tan lejos?
(Fijándose en Adela y en D. Javier.)

JAVIER. Nosotros?... nada.

MARQ. Adela... ¿estás enojada?
¿Huyes acaso de mí?

ADELA. (Acercándose cariñosamente y esforzándose por dominar su turbacion.)
¡No digas eso por Dios!

MARQ. Tienes sobrado derecho,
lo merece el que os ha hecho
desgraciadas á las dos!

ADELA. No, Fernando! qué locura!
que empeño de recordar!...

MARQ. No lucheis por ocultar
vuestra horrible desventura!

ADELA. Si no te ocultamos nada!
Domina tu angustia loca!

MARQ. ¿Á qué tener en la boca
esa sonrisa forzada,
que hace á vuestra pena agravios
lastimando el pecho herido;
si el llanto mal comprimido
viene á helarla en vuestros labios?

MARIA. Te daña la agitacion.
Cálmate: estás alterado.

MARQ. (Sin escucharla.)
Yo sé que he sido un malvado,
sé que os perdió mi ambicion;
las desdichas que os causé
no pueden darse al olvido!
¡Odiadme! yo lo he querido!
¡De nadie me quejaré!
¡Hareis poco con odiarme!
más castigo mereciera!...
¡Mas no! ¡Qué digo! Eso fuera
matarme! mas qué matarme!
¡No me hagais caso! El dolor
me trastorna y me intimida!
¡Ántes me falte la vida
que faltarme vuestro amor!

MARIA. Sin fundamento te afanas!

ADELA. Dios lo quiso... y se ha cumplido!
MARQ. Ayer riqueza!... hoy olvido,
al fin... GRANDEZAS HUMANAS.
Por ellas con alegría
oro y placeres busqué;
que eran humo no pensé
cuando tras ellas corría:
hoy al fin desaparece
de aquella ilusion la nube,
que el humo cuanto más sube
más pronto se desvanece!
Aún estoy viendo, hija mia,
tu espantoso sacrificio!
Aún los ecos del bullicio
y la ronca gritería
del baile estoy escuchando!
Todos estaban riendo
cual si al verte padeciendo
estuvieran disfrutando!
¡Qué contraste... qué agonía!
vosotras dos abrazadas!
De un lado... las carcajadas
y la embriaguez de la orgía!
De otro la amarga afliccion,
el llanto que lento brota
y que lleva en cada gota
pedazos del corazon.
¡Os veo... y vuestra presencia
me recuerda mi maldad:
no os veo... y la soledad
hace mayor mi demencia!
¡No hallo modo de salir
de tanta pena y quebranto!
si el pasado me da espanto
más me espanta el porvenir!
Siento una angustia infinita
que el corazon me devora,
una voz acusadora
¡mal padre! siempre me grita,
y ante ese grito traidor
nuevos tormentos me asaltan.
¡No es que las fuerzas me faltan,

es que me falta valor!
ADELA. Vamos, Fernando... ¿por qué
atormentarnos?... Reposa...
Hablemos ya de otra cosa.
MARQ. Sí, dices bien, callaré.
MARIA. ¿No ves que sufres así?
MARQ. Nunca más sucederá.
MARIA. Dios lo quiera! (Breve pausa.)
MARQ. (Á D. Javier.) ¿Ha visto
ya á don Cándido?
JAVIER. Le ví.
ADELA. (Á D. Javier con rapidez.)
(No le diga usted...
JAVIER. Descuida.)
MARQ. ¿Y ha logrado por fortuna?...
¿Tiene usté esperanza alguna?...
JAVIER. Aún no la tengo perdida.
MARQ. (Con recelo.)
No me engañe usted.
JAVIER. Yo espero
que al cabo se arreglará...
Él sabe que cobrará
lo restante del dinero
con el tiempo, y á mi ver...
MARQ. ¡Nunca tan débil le ví!
Me extraña que un hombre así
dé señales de acceder.
JAVIER. Yo por tí le estuve hablando,
y si cumple lo que ofrece...
MARQ. No sé por qué... me parece
que me está usted engañando!
JAVIER. ¿Qué te lleva á suponer...
MARQ. De lo que ha dicho se infiere.
Ese hombre es terco... y si quiere
puede... hasta hacerme prender.
ADELA. (Dios mio!)
MARIA. (Con ansiedad.) ¿Qué?
JAVIER. No hay motivo...
MARQ. Y es raro que esté prudente
quien nunca fué complaciente
ni ménos caritativo.
JAVIER. No imagines...

MARQ. (Levantándose dominado por un terrible pensamiento.)
Oh! qué idea!
¿Será posible?... Tal vez...
¿Es que ha presentado al juez
la escritura?... Quizás sea!

JAVIER. Eso no!

ADELA. No, por piedad!

MARIA (¡Qué horrible angustia!)

ADELA. (¡Dios santo!)

MARQ. (Fijándose en el abatimiento de todos.)
Sí, no hay duda! Vuestro llanto
me dice que es la verdad!
Por vosotras me atormenta
la desgracia que llorais
las dos mi nombre llevais
y hoy mi nombre es una afrenta!
Para deshonra os lo dí.
Limpio y puro lo heredé,
si en el fango lo manché
culpadme no más á mí!
(Fijándose en D. Javier.)
Hable usted... ¿qué logrará
con prolongar mi amargura?
¿Es verdad que esa escritura
de depósito está ya
en poder del juez? Así
no ha de lograr deshacerlo
y yo al cabo he de saberlo?
Mi sospecha es cierta?

JAVIER. Sí.

MARQ. ¡Yo en una cárcel! qué espanto!

MARIA. Padre mio! (Echándose en sus brazos.)

JAVIER. Vamos, calma.
Pensad...

ADELA. ¡Fernando del alma!

MARQ. (Dominando la situacion.)
Eh! valor!... secad el llanto!
El mundo al ver tanto mal
ha de juzgarme piadoso!
Dirá que he sido ambicioso,
mas no que fuí criminal!

(Se deja caer abatido en la butaca.)

MARIA. (Acercándose.) Si no puede ser así!
¿Quién ese golpe resiste?

MARQ. Ya... no hay remedio.

ADELA. (Volviéndose hácia D. Javier.) Uno existe!
De usted depende.

JAVIER. De mí?
¿Qué es lo que yo puedo hacer?

ADELA. Dios en nuestro auxilio viene.
El dinero que usted tiene
de Enrique...

MARIA. (Cubriendo el rostro con las manos.)
(Oh!...)

JAVIER. No puede ser!

ADELA. Si él me estuviera escuchando
de seguro accedería;
él nunca consentiría
en la prision de Fernando.

JAVIER. Adela!

ADELA. ¿Qué? no responde
á este afan? ¿no ve que muero?
No dude que ese dinero...

VIZC. (Apareciendo por la puerta del foro.)
Señores...

JAVIER. Quién?

ADELA. (El Vizconde!)

ESCENA IV.

DICHOS, el VIZCONDE.

VIZC. Quietos!... quietos!

MARIA. (Ay de mí!)

VIZC. Yo no vengo á incomodar.
(Acercándose al Marqués que, desde el final de la escena anterior, estará muy abatido en la butaca.)
¿Qué tal, chico?

MARQ. Regular.
No estoy bien.

VIZC. ¿Pues cómo así?
El aspecto es excelente!
Vas mejor y no hay motivo...

te estás volviendo aprensivo!
Ese es tu mal más frecuente!

MARQ. Son tantas mis aflicciones!

VIZC. Consuelos hay á millones!
Si son muchos tus pesares
son más tus compensaciones!
Cualquier otro bendijera
su llanto con alegría
si una hija como María
amante lo recogiera!
¿Dónde bondad cual la suya,
ni qué pena es angustiosa
si la consuela una esposa
tan buena como la tuya?
Vamos... ¿pues y don Javier?
¿No es un padre para tí?
Viéndote querido así,
qué puedes apetecer?
Muchos ménos que imaginas
son, Fernando, tus dolores.
Cuando las cubren las flores
no se notan las espinas!

MARQ. Es verdad!...

VIZC. Nunca sintió
mi alma placer tan profundo!
Quéjese... quién en el mundo
se ve solo como yo!
Mal tu pesar se concilia
ni con su estado se aviene,
siempre es feliz el que tiene
un hogar y una familia!
Sin fundamento te abate
tu afan! Imítame á mí!
Que no se diga de tí
lo que de Juan... ¡Pero tate!
Qué lengua! Estoy en un potro!

MARQ. Qué ibas á decir?

VIZC. No, nada.
Ya sabes que no me agrada
murmurar, que ya soy otro!

JAVIER. ¿Cómo es eso?.. ¿Y tanta historia
como hace poco sabia?

VIZC. Todas tienen en el dia
un sepulcro en mi memoria.
He logrado conseguir...
JAVIER. No ha sido poca fortuna.
VIZC. Hoy... ya no sé mas que una
que les voy á referir.
(Breve pausa.)
Cuentan aun los ménos duchos,
pues eso á nadie se esconde,
que hay en Madrid un Vizconde
como por desgracia hay muchos,
que es un tipo singular...
un tontaina... un majadero,
enredador, embustero
y amigo de murmurar.
Pone á cualquiera en un brete
pues su lengua no halla dique,
no hay fama que no critique
ni hay honradez que respete.
En su juicio nadie es bueno
y hace de chismes acopio,
dejando el asunto propio
por meterse en el ajeno.
No dice más que injusticias
sin razon y sin motivo,
y es, más que un hombre, un archivo
de historias y de noticias.
Solo murmurar le agrada
y él así goza á su modo;
piensa que entiende de todo
cuando no entiende de nada.
Y por su vicio tirano
dejándose dominar,
llegó á desacreditar
á todo el género humano.
Mas tambien cuentan, por fin,
que hoy dia el mismo no es,
porque se ha vuelto al revés
lo mismo que un calcetin:
que ya es un hombre formal
que odia lo que ántes amaba;
que comprendió que marchaba

por una senda fatal,
y ha logrado, al advertirlo,
poner piés en polvorosa;
y hoy dia ya es otra cosa,
aunque le esté mal decirlo;
y que da al cielo mercedes
por tan marcados favores...
¡y este Vizconde, señores,
es un servidor de ustedes!

JAVIER. Bien dicho!

VIZC. Gracias... De hoy mas.
no habrá nada que critique.
Bien me lo decia Enrique
«por qué mal camino vas!»

ADELA. Enrique?

VIZC. Sí... no fué vano
aquel augurio sincero,
ya sabe usted que le quiero
como si fuera un hermano.
Siempre á su lado viví
siendo á su cariño fiel.
(Sacando una carta.)
Algo concerniente á él
me obliga á venir aqui.

ADELA. Cómo?

JAVIER. Á Enrique?

VIZC. Si por cierto.

JAVIER. Qué es ello?

VIZC. Ayer me escribió
y en la carta me incluyó
esta para usted. (Se la entrega á D. Javier.)

JAVIER. No acierto... (Leyendo.)
«Suplico á usted, pues conviene
para un asunto importante,
que dé al Vizconde al instante
los diez mil duros que tiene.»

ADELA. (Jesús)

MARIA. (Dios mio!)

JAVIER. (Es extraño!)

ADELA. (Mi esperanza se perdió!)

JAVIER Esa suma me mandó,
en efecto, hace ya un año...

MARQ. (Levantándose y saliendo de su abatimiento.)
Mas desde mi enfermedad...
mi buen padre vive aquí
con nosotros... y él á mí
me la entregó... ¿No es verdad?
(Con rapidez y en voz baja á D. Javier.)
(La llave...

JAVIER. Toma.)
(Al Marqués dándosela.)

MARQ. En rigor
(Dirigiéndose hácia la mesa.)
yo ese pago... debo hacer.
(Abriendo el cajon de la mesa.)
Á Enrique le harás saber...
que he sido fiel guardador!
(Entregándole un fajo de billetes.)
Aqui está... Yo te la entrego!

JAVIER. (Á Adela.) (Calma el afan que te inquieta!)

MARQ. Mira bien si está completa.

VIZC. Fernando...

MARQ. Yo te lo ruego.

VIZC. Bien. (Examinando los billetes.)

MARIA. (La impaciencia me abrasa.)

MARQ. (Dudan de que estén seguros!)

VIZC. Justamente: diez mil duros.
(Observando el abatimiento de todos.)
Pero... señores... ¿qué pasa?
¿qué sucede?

JAVIER. (Á Adela.) Ya he notado...
Serénate!...

MARIA. (Dios clemente!)

VIZC. Si acaso he sido imprudente!...

MARQ. ¡Imprudente! ¿qué has pensado?

VIZC. Yo?...

MARIA. (Á Adela.) (Madre!)

ADELA. (Vírgen sagrada!)

MARQ. Esa suma no era mia!...
para nada la quería!...
¿lo entiendes bien? para nada!

VIZC. ¡No comprendo!... estás hablando
con un tono!...

MARQ. Yo?... no.

JAVIER. (Á Adela.) (Calma!)
VIZC. (Estrechando la mano del Marqués.)
Vamos... valor! Ten más alma!
Señoras... (Saluda y se retira por el foro.)
(María y Adela se echan en brazos del Marqués despues de haber salido el Vizconde.)
MARIA. ¡Padre!...
ADELA. ¡Fernando!

ESCENA V.

MARÍA, ADELA, el MARQUÉS, D. JAVIER.

JAVIER. Esa inquietud mitigad!
Con llorar, qué lograreis?
MARQ. Dudan de mí! ya lo veis!
dudan de mi probidad!
¿Concebís ménos fortuna?
¿En las penas que abrigaba,
esta sola me faltaba!
¡Ya no me falta ninguna!
ADELA. Fuerza es pensar al momento
un medio!...
MARIA. (Mi pecho estalla!...)
Padre mio.
MARQ. Calla, calla!
Ese nombre es mi tormento!
Vida te dí en mi delirio;
no me estés agradecida:
¿de qué te sirve una vida
que más que vida es martirio?
Si padre se ha de llamar
á todo el que el ser ha dado,
si un nombre que es tan sagrado
no es preciso conquistar
con mil afanes prolijos
y mil ánsias verdaderas...
tambien son padres las fieras
que devoran á sus hijos!
ADELA. Domina tu agitacion.
Quizá se pueda evitar...

JAVIER. Aún es posible encontrar
un medio de salvacion.
Veré á mis amigos...

ADELA. Sí.

JAVIER. Esa suma pediré
y creo que lograré...
Ah! Carvajal vive aquí
muy cerca!... Voy...

ADELA. Sí, por Dios!

MARIA. (Me parece todo un sueño!)

MARQ. Háblele usted con empeño:
no por mí; por ellas dos!
Sus amargas aflicciones
¿quién contempla sin enojos?
Están ya secos sus ojos
y secos sus corazones!
No las puede consolar
de sus lágrimas el riego,
porque como son de fuego
hierven dentro sin brotar!
(Dirigiéndose á D. Javier.)
¡Usted puede suponer
cuál será mi sufrimiento!...
Mas vaya usted al momento!
no se debe detener!
Vea usted pronto á ese hombre,
cuéntele mi compromiso!
¡Mendigue usted, si es preciso,
de puerta en puerta en mi nombre!
¡Diga que sin estos lazos
yo no podría vivir!
¡Todo... ménos consentir
que me arranquen de sus brazos!

JAVIER. Vuelvo pronto. (Vase.)

MARQ. ¿Querrá Dios
que acaben mis agonías?

ADELA. Sí, Fernando!

MARIA. Sí.

MARQ. (Abrazándolas.) ¡Hijas mias!
(¿Cuál sufre más de las dos?)

ESCENA VI.

MARÍA, ADELA, el MARQUÉS.

MARIA. Vamos... valor! puede ser
que consiga de ese modo...
Aún no se ha perdido todo!

MARQ. ¿Qué más podemos perder?
Mañana en una prision!
(Se deja ceer abatido en una butaca.)

MARIA. Dios no querrá tanto mal.

ADELA. Verás como Carvajal
viene en nuestra salvacion!

MARQ. La esperanza con su engaño
á mi corazon no alcanza!
Cuando se tiene esperanza
duele más el desengaño!
(Á María.) Mira aquí de mi ambicion
el funesto resultado!
Tú infeliz!... Yo deshonrado!

MARIA. Cálmate, por compasion!
(María se sienta en una banqueta á los pies del Marqués. Adela apoyada en una butaca.)

MARQ. Oh! ven, ven, ángel querido!
(Abrazándola con ternura.)

MARIA. ¿Quién en lo pasado piensa?
¿Di si este amor no compensa
cualquier otro amor perdido!
Él tan sólo en lo futuro
ha de ser mi único encanto!
¿dónde hay cariño más santo
ni dónde abrazo más puro?
No existe amor más ardiente
que el amor filial sincero;
¡por algo es siempre el primero
que el alma del hombre siente!

ADELA. (Ay!)

MARIA. Viviendo junto á tí
todo mi amor lo soporta!
¡Qué somos pobres? qué importa?
¿No hay pobres felices? dí?

(Breve y sentida pausa.)
—Cuando en el colegio estaba,
un dia del mes de enero
cayó enfermo el jardinero
que nuestro huerto cuidaba.
Yo al pobre viejo quería,
por eso al saberlo así
hácia la casa corrí
que al fin del huerto tenía.
Ya del sol la luz incierta
iba hundiéndose en su ocaso,
cuando detuve mi paso
en el umbral de la puerta.
La miseria pensé hallar
sus muros al trasponer;
á sufrir quise aprender
y aprendí tan solo á amar!
El sol poniente alumbraba
la mezquina habitacion;
de la alcoba en un rincon
el pobre lecho se alzaba
donde el anciano dormía
venturoso y sosegado:
una mujer á su lado
allí rezaba ó leia;
y aquel cuadro completaba
otra mujer... digo mal,
una niña angelical
que al pie del lecho se hallaba.
Aquel grupo de ternura
placer me causó y tristeza!
ví, padre, mucha pobreza
pero ví mucha ventura!
Ellas dos como en reflejo
del santo amor que sentían
ni á respirar se atrevian
por no despertar al viejo.
Hasta entónces los placeres
no comprendí del hogar!
Ví al anciano despertar
en brazos de aquellos seres!
Ví de su amor el exceso

compensar tanto interés!
Ví confundirse despues
sus tres almas en un beso!
Y al ver tanto bienestar
salí de aquella mansion!
¡Lo que al ir fué compasion
era envidia al regresar!

MARQ. Hija mia! (Besndola en la frente.)

MARIA. Su existencia
venturosa trascurría!

MARQ. Yo tambien feliz sería
á no ser por mi conciencia!

ESCENA VII.

DICHOS, el VIZCONDE por el foro.

ADELA. (Silencio. El Vizconde!)

VIZC. (Entrando muy satisfecho.) Albricias,
señores.

MARQ. ¿De nuevo aquí?

VIZC. Á darte un abrazo!

MARQ. ¿Á mí?

VIZC. Traigo importantes noticias!
Vamos, Fernando, valor!
Ya puedes estar sereno!

ADELA. ¿Pues qué ocurre?

VIZC. Mucho y bueno!

MARQ. Cómo es eso?

VIZC. Sí señor.
Murmurador vuelvo á ser
por el gusto de contarlo!
(Impaciencia general.)
Van ustedes á escuchar.
Es el caso...
(Aparece D. Javier en la puerta del foro.)
Oh!... Don Javier!...

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JAVIER.

VIZC. Llegada más oportuna!
JAVIER. ¿Otra vez aquí?
VIZC. Sí tal.
ADELA. (En voz baja y con rapidez á D. Javier.)
(Qué le ha dicho Carvajal?
Hay esperanza!
JAVIER. Ninguna!)
ADELA. (Jesús!)
JAVIER. (Fernando... (Acercándose al Marqués.)
MARQ. (Á D. Javier.) Imagino...
que Carvajal.
JAVIER. Se ha negado!
MARQ Ya lo había sospechado!
JAVIER. Y me ha dicho de camino...
MARQ. Qué ocurre?
JAVIER. Mala noticia.
¿Tendrás valor?
MARQ. Lo tendré!
JAVIER. Ricardo!...
MARQ. Ricardo... ¿qué?
JAVIER. Huyendo de la justicia
y viéndose deshonrado...
MARQ. Acabe usted; me intimida...
JAVIER. Ha puesto fin á su vida
en París!
MARQ. (Con horror.) ¿Se ha suicidado?
Dios mio!)
(Durante el diálogo anterior entre el Marqués y D. Javier, María se habrá acercado á Adela, que apenas puede sostenerse. El Vizconde, despues de dejar el sombrero en una silla, se acerca á este grupo con aire satisfecho: todo esto con mucha rapidez y expresion.)
VIZC. En plena sesion
debo referirlo, chico!
Oigánme ustedes, suplico

un momento de atencion.
Quiero ante todos aquí,
pues el bien á todos llega,
hacerte solemne entrega
de este documento.
(Presentando un pliego á Fernando.)

MARQ. Á mí?
¿Qué es esto?

VIZC. Ten la bondad
de aceptarlo. Te lo ruego.

MARQ. (Abriéndolo.)
Mas, ¡qué contiene este pliego?

VIZC. Contiene... tu libertad! (Sensacion general.)

ADELA. Cómo?

JAVIER. Qué?

MARIA. ¡No es desvarío!
Qué ha dicho usted? Vírgen pura!

VIZC. Que ese pliego es la escritura
de don Cándido!

MARIA. Dios mio!

ADELA. ¿Es posible!

VIZC. Á no dudar!
En él... está manifiesto.

MARQ. Pero... ¿á quién debemos esto?

VIZC. ¡Ya tengo algo que contar!

JAVIER. Cuéntelo al momento, sí!

ADELA. La alegría me enagena!

VIZC. Es la primer cosa buena
que hago desde que nací!
(Al Marqués.)
Sabes que siempre he tenido
por Enrique simpatías.
Pues bien, le escribí hace dias
contándole lo ocurrido,
y al punto me contestó
que pidiera á don Javier
esa suma para hacer
lo que has visto.

MARQ. ¡Él te mandó
que entregáras...

VIZC. Así fué.

JAVIER. Oh! su noble accion me halaga!

MARQ. (Á María.) ¡Ya ves de qué modo paga
los males que le causé!
¿De esta pendiente fatal
sin él quién nos libraría?...

ADELA. ¿Pero él no está todavía
en América?

VIZC. (Con impaciencia.) No tal!
Pronto aquí le hemos de ver!

JAVIER. ¿Cómo?

VIZC. Esperándole estoy!

ADELA. ¿Mas dónde se encuentra hoy?

VIZC. Hoy?... muy cerca!

MARIA. ¡Va á volver!...
(¡Dios mio!) Tu afan sosiega.

JAVIER. Pero dónde... No adivino!...

VIZC. Es ya tan corto el camino
que está... si llega ó no llega!

JAVIER. Explíquese usted.

VIZC. ¿Que explique...

ADELA. Es que ha llegado quizá?

VIZC. Sí señora!

ADELA. (Ah!)

JAVIER. ¿Dónde está?

VIZC. ¿Dónde está!...
(Se dirige al foro y al llegar á la puerta se presenta en ella Enrique.)
Miradle.

ADELA, y JAVIER. ¡Enrique!
(D. Javier se echa en sus brazos y forma con Adela y el Vizconde un grupo animado en el foro. María al verle se dirige hácia el Marqués, que estará en primer término dominado por la situacion.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ENRIQUE.

MARIA. (Padre mio!
(Al Marqués en voz muy baja pero muy expresiva.)

MARQ. (Abrazándola y marcando mucho el doble sentido

que sus palabras encierran aun para María.)

Tu pasion
ha de ser pura y honrada!
Ámale!... No temas nada!
Él es nuestra salvacion!)

(Telon rápido.)

FIN.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos..................	1	D. S. María Granés....	L. y M.
Contra ira paciencia..................	1	Federico de Olona..	L.
Dudas y celos........................	1	C. Navarro.........	L.
El salto del gallego..................	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto...............	L. y M.
Las damas de la Camelia.............	1	D. G. Moran...........	L.
Las ferias............................	1	Sres. Barranco, Ossorio, Chueca y Valverde	L. y M.
Los dos cazadores....................	1	D. G. Cereceda........	M.
Los duelos con pan son menos.......	1	Sres. Povedano, Granés, y Prieto.........	L. y M.
Ternera, siete 3.º.....................	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
Fra diávolo...........................	3	Moran y Allú.......	L. y M.
La dama blanca......................	3	Moran y Allú.........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.